

¿Dónde empieza y acaba el mundo?, parece preguntarse Cristina Rascón en este libro de crónicas viajeras –¿existen acaso las que no lo sean?– que abarca un continente siempre en llamas. De Salvador de Bahía al mar de Cortés, de los ríos de Sinaloa a los de Argentina, de Puerto Peñasco a la Patagonia, del desierto de Atacama al de Altar, de dentro hacia afuera y viceversa, de la realidad mágica al realismo sucio, *Mi Patagonia* es un viaje interminable en el que el constante movimiento echa raíces, los aeropuertos son hogar y la exquisita prosa de la autora se convierte en una geografía apasionante en la que su yo dialoga con la otredad para entender quiénes somos, en dónde estamos y en qué nos hemos convertido.

Imanol Caneyada

NP

NITRO/PRESS

www.nitro-press.com

editorial.nitropress@gmail.com

f México Noir

f nitro.press

@NITROPRESS

ISBN: 978-607-8256-846



9 786078 256846



NP

Cristina Rascón

MI PATAGONIA CRÓNICAS

# MI PATAGONIA

Cristina Rascón

CRÓNICAS



NP

NITRO/PRESS

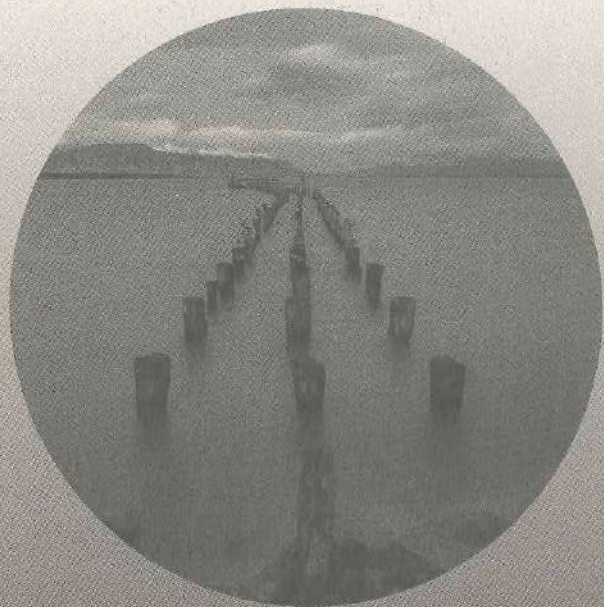




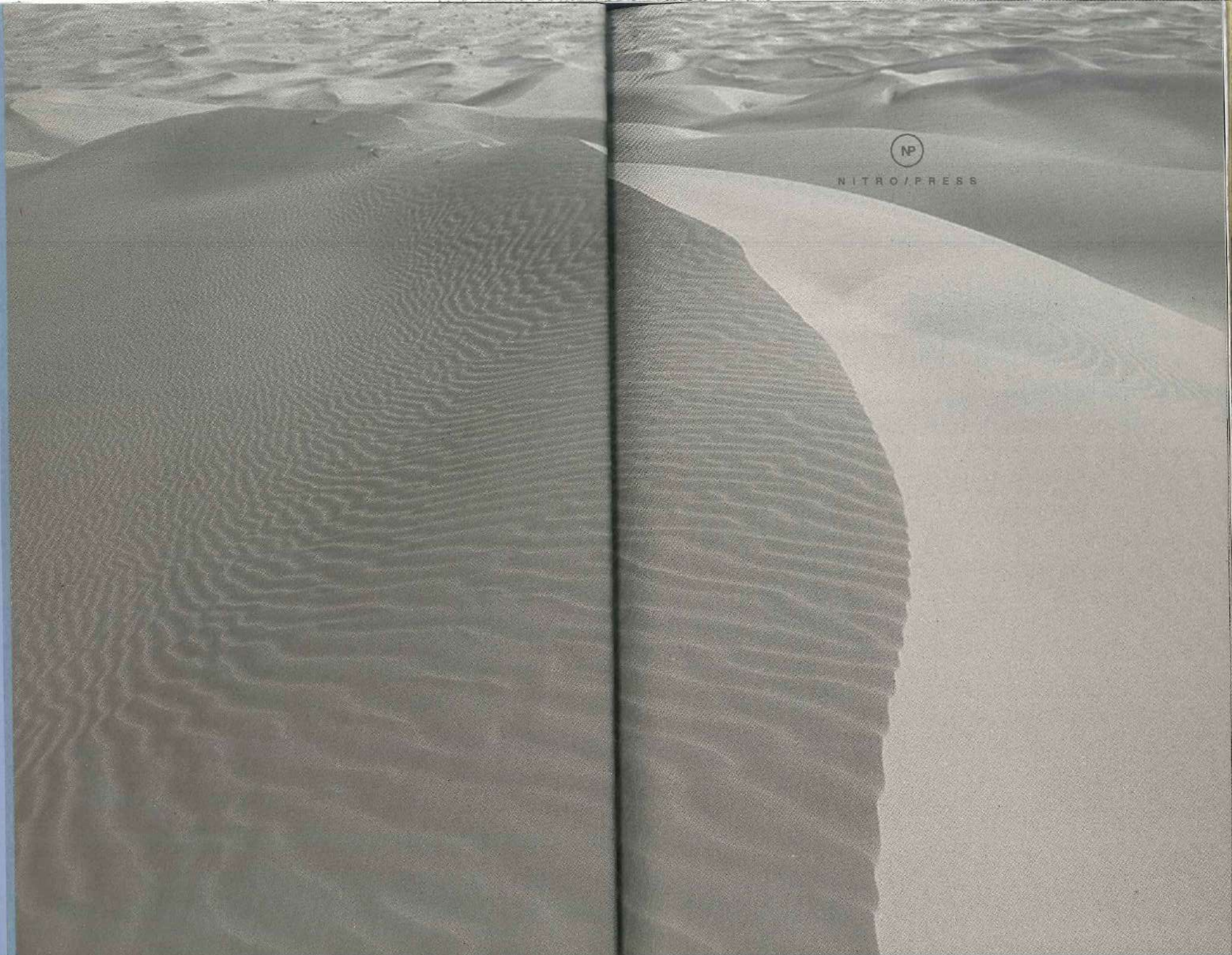
Foto: Mónica Hammeken

**Cristina Rascón (Sonora/Sinaloa, México, 1976)**  
Escritora, economista y traductora literaria. Autora de los libros de cuento *En voz alta* (Nitro/Press, 2015), *Hanami*, *Cuentráficos*, entre otros; del libro de minificción *El sonido de las hojas*; de los libros de haiku *Reflejos* y *Zoológico de palabritas*, así como del libro *Para entender la economía del arte*. Tradujo del japonés los poemarios *Flor del alba* de Chiyo-ni, *Sin conocer el mundo* y *Dos mil millones de años luz de soledad* de Tanikawa, entre otros; del inglés, *1000 poemas japoneses* de Filliou y la novela *Collages* de Anais Nin. Premio Latinoamericano Benemérito de América, Premio Regional de Literatura del Noroeste y Premio Libro Sonorense, ha sido invitada a residencias artísticas en Austria, Brasil, China, Japón, Canadá y México/Estados Unidos. Licenciada en Economía por el ITESM y Maestra en Política Pública por la Universidad de Ósaka, fue consultora para la ONU en Viena. Directora de la Coordinación Nacional de Literatura del INBAL, de *Skribatia: Escuela Global de Escritura Creativa*, del diccionario *haikukigo.com* y del Certamen Literario Jiosiatá Nooki (español/yaqui). Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte (SNCA) y de la Asociación Mexicana de Traductores Literarios (AMETLI).  
[www.cristinarascon.com.mx](http://www.cristinarascon.com.mx), @Crisapple76.









NITRO/PRESS



© Cristina Rascón  
© NITRO/PRESS

ISBN: 978-607-8256-84-6 NITRO/PRESS  
ISBN: 978-607-8504-47-3 INSTITUTO SINALOENSE DE CULTURA

Dirección editorial: Mauricio Bares  
Dirección de arte: Lilia Barajas M.

www.nitro-press.com  
editorial.nitropress@gmail.com  
f www.facebook.com/nitro-press  
t @NITROPRESS

C. Quirino Ordaz Coppel  
*Gobernador Constitucional del Estado de Sinaloa*

Papik Ramírez  
*Director General del Instituto Sinaloense de Cultura*

Jesús Ramón Ibarra  
*Director de Literatura del ISIC*

Óscar Paúl Castro  
*Jefe del Departamento de Literatura*

Adalberto García López  
*Jefe del Departamento Editorial*

José Humberto González Palazuelos  
*Jefe del Departamento de Bibliotecas*

Impreso en México / Printed in Mexico

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio,  
sin la autorización escrita del editor.

# MI PATAGONIA

Cristina Rascón

CRÓNICAS



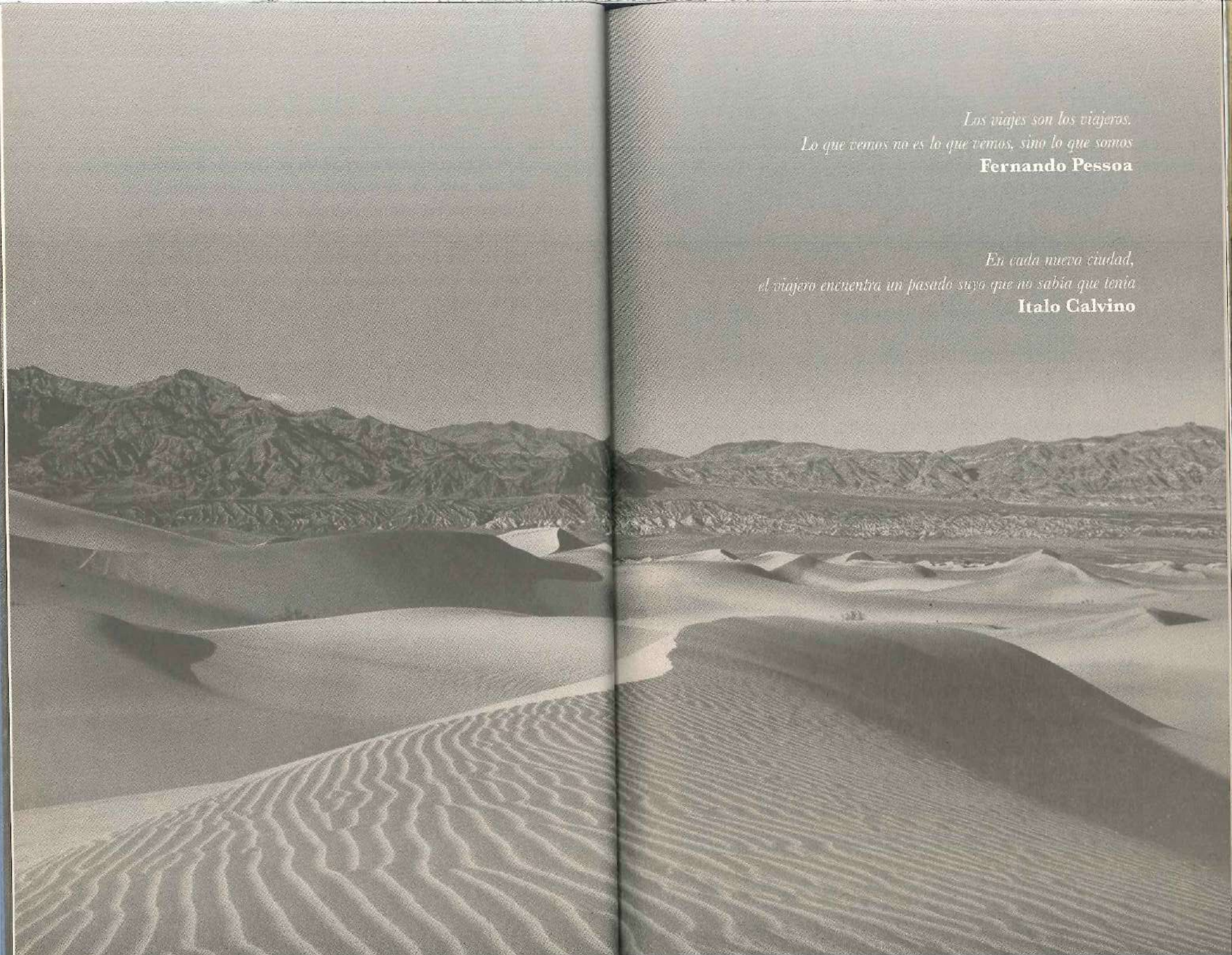
NITRO/PRESS



Este libro comienza su escritura gracias a la invitación a formar parte de la residencia artística internacional de Fundación Sacatar, en Salvador de Bahía, Brasil, 2012, durante el período como beneficiaria del Sistema Nacional de Creadores de Arte (FONCA, México), emisión 2011. Su publicación se enmarca en el período del SNCA, emisión 2018.







*Los viajes son los viajeros.  
Lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos*  
**Fernando Pessoa**

*En cada nueva ciudad,  
el viajero encuentra un pasado suyo que no sabía que tenía*  
**Italo Calvino**





## LA MUERTE TAMBIÉN CURA

*...as almas não aprendem nada,  
mas sonham desvairadamente.*

**Viva o povo brasileiro, João Ubaldo Ribeiro**

Brasil es Itaparica: una isla en Salvador de Bahía donde, te dijeron, habría respuesta a todas tus preguntas. Por el día flotas en portugués. Aún sin conocer el idioma poco a poco se ha revelado ante ti, como cuando de niña descubrías uno, dos, muchos limones en un árbol frondoso donde al inicio veías sólo hojas verdes. Hablar este nuevo idioma como si hubiera sido el de tu infancia, comprender palabras y expresiones sin que nadie te las explique, azorarte. Pero llega la noche y un olor dulzón y pertinaz, las cosas giran y se ponen al revés: los cuadros, las maletas, las botellas de cremas y *shampoo*. Se mueven los libros de lugar, el pasaporte, los mapas. Nadie entra a tu habitación, ni siquiera para hacer el aseo. Con tal de ahorrar, has prescindido del servicio. De día te olvidas del asunto, visitas lugares turísticos, caminas, andas en



bicicleta y comes en restaurantes bulliciosos. Tres de la mañana. Las cosas se caen de las paredes, de los estantes, del corcho. Ventanas cerradas. No usas perfume, ni incienso, ni flores o velas aromáticas. Por tus alergias, con olores químicos o forestales se te tapa la nariz y se te cierra la garganta. Has hecho del viento un extranjero: temblor del vidrio limítrofe entre el mundo y tu guarida pagada. El sudor resbala por debajo de la ropa, por el sofoque del encierro. Los papeles caen del corcho, de nuevo. Es una habitación de dos pisos, como cabaña. Por la escalera de caracol van descendiendo, ordenados, como soldados en marcha, papeles, tarjetas, servilletas. Escalón por escalón llegan a los pies de la escalera, junto a la puerta. Tu mente dice: esto es el colmo —mientras recoges a los prófugos—, estoy harta.

De regreso en tu cama, los papeles de vuelta en su corcho, en tu bolso y el escritorio, bajas el mosquitero. Te parece una especie de fortaleza, aunque *aquello* podría traspasar un mosquitero, sopesas. En espacios donde pones tus propios límites, sin embargo, la quimera de tener el control, sobre los pensamientos, inclusive, aumenta. Quiero dormir: dice tu mente. Pero si lo dice, si la escuchas decirlo, es que, sin duda, el sueño no será algo que pueda traspasar el mosquitero. En la vigilia, tu mente enciende las voces de la despedida. Destino final:

Culiacán, el altavoz en el aeropuerto de Ciudad de México, mientras buscas la puerta de tu vuelo a Brasil. Pero en Culiacán iniciaste el viaje, desde ahí te desprendiste de la tierra. La ciudad donde naciste te arrojó hacia Sudamérica. ¿Pero a qué vas allá?: la voz de tu abuela, noventa y tantos. No te mueras, quieres decirle, espérame a que regrese. Lo que quieres es dejarnos: tu madre al teléfono, desde Sonora, el desierto, donde creciste: no quieres asumir tu fracaso, tu divorcio, que estás sola. Voy a la Patagonia, abuela, quiero ver dónde termina el mundo. Estás sola: tu madre cuando de niña te encuentra en su cuarto en la madrugada. Las cosas se mueven, mamá, están todas al revés, ¿quién ha entrado a mi cuarto? Las mueves tú, murmura entre sueños, pero no te acuerdas. El sudor bajo la ropa, los moscos y sus pitidos. Abrir los ojos (¿abrirlos de verdad? ¿abrirlos en un sueño? ¿se abrirán los ojos de los muertos?). Ver cómo los papeles del corcho se desprenden, otra vez. El pasaporte se levanta y gira. Una botella (¿de crema? ¿de maquillaje?) se voltea y toca con la punta, con la base, con la punta, una mesa cada vez más negra y menos de madera. Quiero dormir: dice tu mente. Pues duerme: contestas. Bajo las cobijas, imaginas tu cuerpo en la misma posición: en un ataúd, muerto. ¿Y si despiertas dentro del ataúd y no has muerto de veras? ¿Y si despiertas y no hay una sola linter-



na a la mano, ni una sola voz que te acompañe? Imaginas tu cuerpo morado y verdoso, putrefacto, como los cuerpos de gatos y perros que has visto cubiertos de moscas, con un olor único, inolvidable, que reconoces antes que otros niños cuando buscan alguna pelota o quieren ahorrar camino a otra colonia cruzando un lote baldío. Así olerá mi cuerpo, piensas, no tarda en apestar. Tranquilízate, Lucía, te voy a dar una pastilla, dice tu madre cuando le cuentas, cada vez menos, lo que ves en tus noches largas. Seis de la mañana. Hay que ir a la escuela. No queda más que bañarse, buscar algo de ropa, salir de la cama. Hay que ir a recepción: tenemos un evento especial, dijo ayer la joven exuberante que registró tu nombre y firma. Vista de blanco, por favor.

\*

—Es encantador, todo encantador —dice una señora pelirroja en inglés, disfrutando hasta las abejas, que observa como si fueran colibríes.

El *café da manhã* es simple: café, té, pan tostado, quesos, jamón, *biscoito* (es decir: galletas), y muchas frutas, cuyos nombres y sabores desconoces: *cajú*, *acerola*, *pinha* y *abacaxi*. En realidad, para otros comensales esto no es simple, sino abundante y exótico. Para ti esto es un desayuno ligero, frío, falta un plato fuerte y caliente.

Notas que una chica dice en inglés, muy bajo, a un hombre mayor:

—Es increíble ver a un hombre negro montando a caballo, es una vista hermosa, ¿no crees?

—Sí, claro, ellos aquí tienen esa costumbre, es cosa de pueblo.

—Jamás lo verías en Nueva York.

Te acercas y preguntas, en inglés, qué es lo maravilloso de la imagen. Quizá te estás perdiendo de algo. Se sorprenden de que entiendas inglés, de que lo hables, de que preguntes. Soy mexicana, revelas. La chica susurra: *well, you know, horse riding is for white people, in the States.*

No terminas de computar sus palabras, ¿*white people?*

—*You are the amazing one* —respondes y te cambias de mesa.

—El evento especial es una misa de ellos, un ritual de negros, cosas de gente ignorante —dice otro huésped.

—*Are you hosted here, dear?* —pregunta una anciana delimitando su frontera, como diciendo: tú no te puedes sentar aquí.

—*Of course* —respondes muy seria y tomas asiento. Tu tez morena ha puesto en duda tu capacidad turística, la posibilidad de ser de otra parte.

—Supongo que eres cristiana —todos los ojos a tu persona.



—*I'm nothing.*

A continuación, las voces resumieron lo que era pensar: ser racional. Las palabras educación, medicina, ciencia, método científico, Freud, en contraposición a los términos creer, superstición, fe, actuación, inverosímil, posesiones, dioses de negros, patrañas.

—¿No creerás en estas cosas, o sí? En fantasmas y posesiones, en dioses de las aguas, de los vientos, ¿no creerás en esas cosas, verdad?

—Se llaman *orixás* —tu voz.

—Como en Cuba—dice la señora pelirroja, en inglés.

Pero en Cuba son *orishás*: tu mente. En Brasil se escribe con *x*, aunque se pronuncie igual. La palabra viene del yoruba, quieres explicar, según leíste en.

—*Mexicans must be the same* —remata el hombre mayor.

Alrededor de tu cuello sientes cómo reptar un aire caliente, como si una boa invisible subiera concéntrica por tu cuerpo. En tu oído el cosquilleo, el resoplido del lengüetazo vibrante. Un estrujón en tu caja torácica.

\*

Siento alguien sobre mí, dices al oído de tu madre, a esa hora en que la noche es lo más silenciosa posible. Vete a

tu cuarto, Lucía. Pero es que si me acuesto se me sube alguien y me aplasta, no me deja moverme. No es nadie. Pero es que yo lo siento. Estás sola, en ese cuarto. ¿Puedo dormir aquí? No, hija, ya lo hemos hablado, tienes que dormir en tu cuarto. No puedes respirar, tu corazón acelera, las manos frías, tu cráneo se abrirá y no sabrás quién eres, cómo te llamas. Tu padre no está. Nunca está cuando alguien invisible te aplasta sobre la cama.

Quiero dormir: dice tu mente. Y sientes que tu mente es una voz que puede desaparecer en cualquier momento. Tal como tus órganos podrían paralizarse sin motivo. Así muere la gente, piensas, se les para el corazón, o los pulmones, o el intestino. Como un reloj que de pronto no. Rezas lo que te hacen memorizar en el catecismo y logras un efecto contrario a la serenidad. Duerme: ordenas a tu mente. Pero el terror te hace abrir los ojos, prender la luz, buscar en la radiación algún vestigio de un paisaje diferente. Temes tanto a un ser rondándote, pero también tienes miedo de que tu mente puede ser ocupada por otra, de que, de alguna forma, por la mañana no puedas recordar quién, cómo eres, de que Lucía pueda disolverse. Quizá tu mente note que uno de tus órganos, *no visible*, deje de pulsar, y quiera darte un aviso. La cosa que te aplasta, que te sopla aire caliente por una oreja, que te respira sobre la cara... ¿ocupará tu



mente? ¿o será tu mente? ¿será un aviso de una parte no visible de tu cuerpo? ¿o será el Innombrable, el Antagonista, cuyo nombre te prohíben decir en el catecismo? Esto no se lo puedes decir a tu madre, psicóloga. Dirá: te voy a cambiar de escuela. Dirá: no vas a ir a catecismo. Dirá: esta medicina sí va a funcionar, es más fuerte.



Primero llega João, quien se presenta como *pai de santo*. Joven, alto y espigado, moreno oscuro, viste de blanco. De su cuello cuelga un largo y grueso collar de cuentas, rojo con negro.

La muchacha de recepción tuerce los ojos al saber que, además del *pai de santo* viene el danzante *Luís*, *quem faz o candomblé*.

No entiendes por qué, si todo es la misma cosa, *não é?*

—*Não, não é a mesma coisa, não*— dice la joven en un portugués lento, como si le costara trabajo hablar, con claro acento bahiano—, o *pai de santo* João é da umbanda e *Luís* é do candomblé. Aquí todos se conocen. Mas no es la misma cosa, no. Espero que no haya *briga*, *pleito*, *desavença*.

Te habla lento y con muchos sinónimos porque te ha dicho, como el resto de la gente en Salvador, que si

eres *meshicana* vas a entender pronto el portugués, que no te hablan en inglés, que no tienen por qué hacerlo, ni quieren. Esperan, también, que traduzcas al resto del grupo, tal como ha dejado claro la recepcionista al retirarse a su puesto tras la breve explicación, sin dirigir ni los ojos ni la palabra a la masa de *white people*, quienes ahora te miran en busca de la traducción a su idioma, por la cual no vas a cobrar ni te sientes del todo capacitada.

João comienza a hablar con la misma expectativa. A veces no sabes si lo que dices lo entendiste bien o si tu traducción es acertada. Poco a poco comprendes que así se transmitió a través de cientos de años lo que estás a punto de traspasar: con variaciones, mezclas, interpretaciones y errores fonéticos, y por eso hay acuerdos totales, y por eso no hay acuerdos totales. *Pai de santo* explica las diferencias entre umbanda y candomblé: los caminos que tomaron las creencias africanas en Brasil, perseguidas en un tiempo, hoy libres de practicar su culto. El umbanda (que no es lo mismo que quimbanda, aclara) mezcla lo indígena y lo africano, espiritismo y candomblé, dice João, creemos en los espíritus, errabundos, que se incorporan en el *pai de santo*, en personas con inclinación. Los *orixás* vienen del candomblé, ya se sabe, seres que nacen de un solo dios, Olorum, seres que cuidan a cada persona, y que habitan en los mares, el lodo, el viento. Poco a poco les



hablaré de Naná, de Iansá, de Omolú y de cada uno de ellos, cabezas de luz, cuidadores y mensajeros. Mientras habla —mientras hablas—, puedes ver por la ventana de tu cabaña-habitación los objetos que danzan. Cerraste puertas y ventanas y sin embargo los papeles ondulan, se des-sujetan del corcho en la pared, aretes y collares arquean sus formas sobre la mesa. Todo tiembla en tu mirada, como un espejismo de agua en medio del horizonte. De aproximarte, desaparecería.

\*

Él siempre llega antes a la meta: la pared contraria. Te da risa. Ja ja ja. Te sientes acompañada. Ji ji ji. No puedes ver al ente, juguetón e impositivo. Jo jo jo. No puedes definir si es un niño, un perro o un hombre adulto. Caminar: de la sala a la cocina, cada vez más rápido: de la cocina a la sala, de la sala a tu cuarto. Correr: como si te jalara con hilos, desde un punto más allá del techo, algún titiritero. Como si las paredes te cacharan y te arrojaran, cual pelota de béisbol. Él te sigue, emocionado —puedes sentirlo—. El acuerdo tácito es de niña y mascota, hasta que, en tu paso, cada vez más ajeno, descubres el temor de que el Invisible te atrape. De tanta persecución comienzas a palpitar acelerada, te da vueltas la cabeza, extravías

respiración. En ese corre-corre de una pared a otra llega tu madre. Abre la puerta de la sala envuelta en un aura de calor porque afuera es desierto y sol, y en tu mundo de adentro es aire acondicionado. La abrazas fuerte y te escuchas decir: tengo un miedo atroz. Ella sonríe.

—Ay, hija, ¿por qué no hablas normal?, esa palabra es como de libro: atroz, ¿por qué no hablas como todo el mundo?

—Es que siento una presencia, me persigue. Se fue ahorita que llegaste.

Tu madre pone cara de no entiendo.

—¿Qué quieres decir con *presencia*?

No respondes. Tu madre ya debería de saber qué quieres decir con *presencia*. Murmura algo de reducir las horas de televisión, mientras deja las bolsas de la compra en el fregadero. Te preguntas si los muertos, ya sin cuerpo, de veras se divierten.

\*

—Los muertos son así, se aburren si no se les llama —dice el *pai de santo*—, cuando alguien piensa en un amigo fallecido, o familiar, su espíritu se traslada, se manifiesta.



—Los muertos vuelven a su lugar preferido—dice la señora pelirroja, en portugués, y *pai de santo* emite un gesto afirmativo—, al lugar que *mais gostou* en vida.

El grupo guarda silencio. Quizá criticarán a sus anchas, en inglés, cuando la visita se vaya. Quizá están maquinando teorías racionales y científicas, sociológicas y de conspiración, ahora mismo, mientras tú tratas de ponerle un nombre a la parálisis en la cama cuando eras niña, a las cosas que se mueven sin que las toques, a tu mente que puedes oír cuando conversa contigo, que enumera tus reacciones internas a la voz de João:

1. Te cuesta creer.
2. Te cuesta no creer.
3. Argumento conocido: si piensan en el Señor en ese mismo instante él estará junto a ustedes, no habrán acabado de decir su nombre cuando Él se manifestará.
4. ¿En qué lugares buscar a tus muertos, a qué lugares regresan?
5. ¿Por dónde vagarás tú, cuando mueras?



Si dices: oigo ruidos, tu padre, científico, responderá que es el eco de las otras casas, porque las ondas sonoras

viajan a más de trescientos metros por segundo en el aire y todavía más rápido si atraviesan agua, madera, aluminio, el propio cuerpo y, por supuesto, el cemento, los ladrillos y las varillas de las paredes. Pero los ruidos que escuchan, ¿de qué casa vienen? Tu casa no colinda con muros vecinos sino con lotes baldíos y *sientes* muy claro que alguien anda en la cocina. Que alguien lava los platos. Que alguien abre y cierra el refrigerador. Mejor no ir a comer algo, mejor no pegar el oído a la pared, mejor prender y apagar la televisión, vestir y desvestir muñecas (cuyos ojos te parecen de espíritus encerrados, en espera de cobrar vida).

Tu mente repite la voz de tu madre, y la tuya, como si fueran grabaciones lejanas: estás sola en ese cuarto, hay alguien más, tienes que tranquilizarte, oigo ruidos, son de otra parte, ven y duerme conmigo, cada quien tiene su cuarto, no voy a apagar la luz, tienes que dormir, hay alguien, no hay nada ¿ves?, pero es que yo lo siento. Callar: es que si me duermo... no seré yo quien despierte.



### XOROQUÉ

El que corta, el feroz, el hechicero. Mensajero, mago travieso. Caboclo: mestizo, morador de las matas y los vientos, de los ojos de las bestias. Huele a *cachaça*, a flor abierta. A un llamado se incorpora en



nosotros, y vira animal, y vira planta, y vira sí mismo en la persona encarnada. No te hará daño, no. Hará lo que tú digas, sí. Hará las fechorías que el dios máximo permita. Se le nombra Exu Xoroquê, se le nombra Ogum Xoroquê. Pero no es *orixá*, no: es un camino, bifurcación. Por los cruces, por las tierras que se abren, por ahí saldrá a tu encuentro y te seguirá, y habitará el mundo sin ser de este mundo.

—Cuando Xoroquê viene, las cosas se mueven sin motivo —dice João—, fluyen vientos calientes y llega un olor dulzón, como a *cachaça*, o incienso, un aroma penetrante. Así se anuncia O-Xoroquê, travieso y alborotador. Un poco como Exu, que es el *orixá* de la gente vaga, de la calle, del crimen. Xoroquê toma y fuma, Xoroquê anda por los barrios y se enreda en los pasos de la gente de la calle, pero si le pides un favor, a Xoroquê, él te lo hace.

—Cuando *pai* João siente que Xoroquê viene, oye las cosas caer, resbalar, chocar, distender, o siente un olor dulzón, de flores, de azúcar, o escucha los ruidos del mar, del océano, de las olas, y también de los barcos, los ferrys, los navíos, aunque esté lejos de la costa, del muelle, de la playa —dice la joven recepcionista, quien dirige su voz primero a mí y luego la mirada al resto del grupo, indicando así que yo traduciré.

—Y es que hay que perseguir las cosas que tienes bien prensadas en algún lugar, Xoroquê cambia de lugar toda tu casa, como haría Exu, porque ambos adoran el caos, el

desatino —dice João mientras se inclina hacia delante y empieza a toser.

Susurra (a mí, a la recepcionista) que está por manifestarse en él. ¡Que ya viene a *incorporarse!* —dice la joven de recepción, en un tono más alto. Ogum Xoroquê, o Xoroquê, o Exu Xoroquê, tiene muchos nombres, dice João, y comienza a cambiar el tono de su voz.

—*Pai* João no bebe alcohol, vino, cerveza, não bebe, não, tampoco fuma, cigarros, ni puro, não —dice la joven en su lengua lenta, pasmada, con los ojos temerosos y la espalda ligeramente inclinada hacia enfrente, como en una reverencia.

Te preguntas si la joven de recepción no será amante de João. Los imaginas desnudos, la piel de la muchacha es de un moreno más claro, sus nalgas prominentes y laxas. En tu mente los dos cuerpos contrastan en posiciones diversas, los ojos y la boca de la joven bien abiertos, el cuello y la espalda arqueados en éxtasis, los olores y sudores acentuados.

El *pai de santo* agrega que sabe exactamente cuando el *orixá* está por manifestarse en él, y que lo hace seguido. *Like a possession*, dice, de entre el grupo, el hombre mayor. João explica que ahora mismo escucha el sonido de un navío, que Xoroquê era un marinero, en un *cais* de Itaparica, y produce un sonido con su voz: dúuuuuuuuuu,



el cual todos resienten profundo, pues la voz de João se ha vuelto grave, entrenada en ese tipo de cantos. Es un buque, dice la joven, secundona. Entonces ¡pum!, la cosa entra en João: se manifiesta, y João que no bebe no para de beber, y João que no fuma no para de fumar. João que es tímido con las mujeres las aborda resuelto, a la joven que le rechaza fastuosa, a ti que cortas indiferente, a la anciana pelirroja que reacciona con sorpresa y diversión.

—Lo bueno es que Xoroquê responde preguntas —dice la joven—, te da guía y orientación, se le puede preguntar, incluso, sobre vidas pasadas —comparte didáctica.

Alguna vez en tu adolescencia fuiste a ver a Taurus do Brasil, en Ciudad Obregón, donde hizo escala unas horas antes de su gran show en Arizona. Por más que te relajaste fue imposible que te hipnotizara. La gente a tu alrededor, tus amigas cercanas, sus novios, todos sucumbían. No supiste qué pensar: o todos fingen o todos se han vuelto locos o todos juegan. Tú eras ínsita observadora.

João ha dicho que Xoroquê carga un aroma fuerte y fragante, que sus resoplidos son de aire caliente, que mueve las cosas de lugar... ¿Y si Xoroquê entró a tu cabaña-habitación? ¿Y si Xoroquê se incorpora en ti en esta isla porque tienes inclinación? Qué tal si lo permites, si te relajas...

Hay que temer al Maligno, pero mucho más a Dios, hija mía, sé temerosa de Dios. Así te dijo la maestra de catecismo, una tarde, casi al oído, como película de terror.

Observas a João, quien ahora habla más rápido, con otro acento, parpadea insistente y enarbola los ojos en blanco. La recepcionista a su lado, cuidando el espacio por donde el *pai de santo* se mueve, o podría moverse. Lo que les hace falta a esos dos, además de meterse en la cama, si es que no lo han hecho ya, son unas buenas clases de actuación: dice tu mente. No la contradices.

\*

En casa de tu abuela, en Culiacán, tampoco puedes dormir. La casa en que naciste. Cada vez que alguien muere hay que ir a Culiacán, ahí los entierran a todos: a tus parientes maternos y a tus parientes paternos. Esta vez ha muerto una hermana de tu abuela. Tras el velorio, al volver a casa, sientes una bola de fuerza que no te deja transitar por el pasillo, tienes que hacerte a un lado, como si se tratara de una persona muy gorda y muy lenta, y muy invisible, a quien no puedes rebasar. Anoche soñé con tu tía, dice tu abuela. Tu tía la muerta. Al otro día sientes dos bolas de fuerza bloqueando tu paso, justo en la entrada de tu habitación, debes pegarte como animal rastrero a



la pared y sortearlas, y tu abuela dice: anoche soñé con tu tía y con mi madre, tu bisabuela. La siguiente mañana sientes muchas bolas de fuerza apiladas alrededor de tu cama, sientes que te observan, una por encima de la otra, sin dejarte cruzar la puerta para ir al baño, se enredan entre tus pasos, tu cuerpo deja de avanzar, como si lo jalaran hacia la cama. La madre de tu madre dice en el desayuno: anoche soñé con todos, con tu abuelo, con tus tíos, con mi hermana y con mis padres, ambos murieron en este cuarto, y con mis hijos pequeños, que murieron en este patio. Pero tu madre no quiere escuchar sobre las bolas de fuerza. Tampoco quiere oír los sueños de su propia madre. En su lado de la cama libros con títulos de paranoia, esquizofrenia, ansiedad, hijos únicos. En el buró de tu abuela, una biblia, novenas y rosarios. En tu cama improvisada, en un acto de fe, de salvación de tu alma, escondes una linterna de baterías y un radio. El corazón acelera, tiemblan las manos. Prendes la linterna cuando sientes algo, enciendes el radio para no escuchar palabras de otra época, risas de mujeres, gritos de niños, el sonido de un balón en el patio.



Quando João vuelve a ser João, y la joven de recepción retorna a su lugar, con el gesto y la visión amplificada, el

*pai de santo* se pone de acuerdo con varios huéspedes para que vayan a su *terreiro*. Que porque puede leer los *buzios* y develar su orixá, que porque puede hacer rituales de favores, de reconciliaciones, de recuperación de causas perdidas y otros más, así como diversos servicios espirituales y espiritistas. Cuando se acerca a ti, su mirada cambia. No te ofrece ningún ritual, sólo dice:

—Y ahí, *Meshicana*, ¿cómo se ha sentido en Itaparica? ¿Halló lo que estaba procurando?

Tus ojos descubren otra mirada en João. Como la de un amante encariñado, a punto de irse.

—Yo... no sé... qué ando procurando....

—Yo veo preguntas en você, Lucía. Haga una pregunta, aquí mismo, será entre você y yo, ahora mismo.

Los soplidos de aire caliente, la fuerza que te aplasta, las cosas que cambian de lugar, ¿quién es, el Invisible? ¿qué es, la Muerte? Tu mente ordena no sucumbir: no caer en el juego, en el teatro para turistas, no confesar que tienes *inclinación*, si es que eso existe, no darle pistas, no ofrecer la respuesta en la misma pregunta: tu mente hace una lista de estrategias policíacas para descubrir a un estafador. Pero observas la mirada de João. Serena. De mártir valiente, vestido de blanco. Te escuchas decir, sincera, como si no estuvieran rodeados de voces y de gente, como si flotaran o se comunicaran con el pensamiento:



—¿Qué me persigue, João?

Tu mente te felicita. Lograste una pregunta abierta, sin dirección, sin fisuras que muestren tus verdaderas angustias. Sin pistas sobre tu pasado o tu presente. Tu mente espera escéptica la respuesta como una planta carnívora a un mosco sin brújula.

João hace ademanes al aire con las manos y toca su frente, su cuello y su collar de cuentas, rojo con negro.

—En Nueva York —responde—, si un niño dice: madre, he visto a mi abuelo muerto, lo mandan al psiquiatra, lo medican, lo encierran en un hospital. *Mais*, aquí, en Itaparica, si un niño dice: madre, he visto a mi abuelo muerto, la madre responde: ¿y qué te ha dicho, *meu filho*? —João ríe, tú también, un poco rígida, sin saber por dónde va—... Itaparica es la isla de los muertos, Lucía, aquí se manifiestan los ancestros. Los encarnados vivimos con ellos. Sólo en esta isla se rinde culto a los Egun: nuestros muertos de ahora, de ayer, los de esta tierra, los que llegaron en barcos, los de naciones africanas.

João extiende un brazo, sosteniéndote con la mirada, y toca suave, pero firme, la base de tu nuca.

—Te persiguen tus ancestros, Lucía.

Tu mente detiene la mordida de planta carnívora gigante.

—¿Y si nunca los ves? ¿Y si sólo los sientes?

—*Você é mexicana, ¿não é? Então, eu não* tengo que explicar mucho a *você, não*: *você* sabe lo que son los muertos, ¿*nao é?*, *mas eu acho* que *você* vino aquí para entender a los muertos, para aprender a escucharlos, ¿no es así?

No sé a qué he venido a Brasil: quieres decir. O: quiero dormir. O: ¿cómo hago para que me dejen en paz?

—Los ancestros, Lucía, no sólo son los espíritus que encarnaron en el pasado. Son también los que están por encarnar.

—¿Quieres decir que...? —miras tu vientre, plano.

—No quiero decir nada. Para saber si tú encarnarás un espíritu en tu vientre, tendría que consultar a los *buzios*, o sea, a los orixás, por medio de los *buzios*. Los caracoles son laberintos íntimos, tan rosados y misteriosos como el cuerpo de una mujer. Te dirán quién es tu orixá, tu protector, el que te animó. Te dirán si ese orixá te dará encarnación. *Você* sí tenía preguntas, ¿vio?

La planta carnívora dice: por la consulta de caracoles te va a cobrar, seguro. Pero la ignoras.

—Pero, ¿qué hago con los ancestros que me persiguen, João?

—Los muertos son amigos de Exu —dice João—, y Exu es mi protector, soy de su marca.





## EXU

Se le confunde con el diablo. Orixá, le dicen unos. Mensajero, los otros. El de todos los nombres: Elegbara, Elegba, Esú, Edshu, Edju, Legba, el Sabio Viejo. Su lengua son todas las lenguas, todas las entiende, todas las habla. Cuando nos mira, silba. Señor de los caminos, de las encrucijadas, de las puertas hacia los reinos invisibles. Rey del movimiento, del caos, de la transformación. Protector de la gente de la calle, de los criminales, de las prostitutas. Pone las cosas al revés. Todo lo ve. Señor del destino, de lo no fijo, nos arroja a una vida nueva. De polvo rojo y piedra negra fue animado Exu. Iniciador.

Ves entrar a un hombre más oscuro que João, no es tan alto, de cadera, espalda y estómago más amplios, con nariz, labios y ojos anchurosos y profundos, con tambores de varios tamaños a su espalda. La humedad y el calor hacen sombra sobre el tejido de su camisa, también blanca.

—El danzante *Luís* ha venido a enseñarle a los huéspedes el ritmo de cada orixá —dice la recepcionista, de pie junto a João. El *pai de santo* y el danzante se dan la mano, muy cordiales y sonrientes. La chica le muestra con mucha calma a *Luís* el espacio, fuera de la casa, un techo de palma que cubre una zona que bien podría ser pista de baile. Bajo la palapa corre una brisa cálida y te distrae del sofocamiento.

*Luís* aclara que él no es un danzante, que lo suyo son los tambores, que es otra forma de llamado a los orixás.

—En el candomblé, que es religión brasileña, puramente africana, se mezclan lenguas y leyendas de los que vinieron a esta tierra de tantas naciones. Los orixás no son fantasmas, ni dioses. Nos cuidan y cuidan de la tierra: Aiê. Son señores con poder sobre las aguas, los vientos, la dolencia, el parto, el buen fin. Son fuerzas de la naturaleza. Señores hijos de un solo dios, Olorum.

La anciana pelirroja se acerca y toca tímida los tambores, la piel tensa, las correas. Los otros comienzan a relajarse y se sientan en el piso. La recepcionista y João se sientan sobre un borde de madera, a manera de silla, detrás del público. João me ve con complicidad y le grita a *Luís*: ¡Hermano, toca el ritmo de Exu!

—Cada ritmo atrae a su orixá, cada orixá trae su ritmo —dice *Luís* y levanta un tambor a *Luís*, en respuesta amistosa—. Es al tocar los tambores —dice *Luís*—, cuando ya no piensas en nada y las manos se mueven solas, cuando caes como en trance, que te sientes bien, con buena energía, buen axé, que el orixá se manifiesta, que está gustando lo que você hace, que atiende a su llamado y se presenta. A veces lo ves en los danzantes, a veces lo sientes, nada más, en ti mismo, o a tu alrededor.

—Éste es el toque de Exu —dice *Luís*.



Y sus manos comienzan a dibujar un ritmo rápido y medido a la vez. Como si fueran dos tambores y no uno, como si muchos caminos se abrieran en cada golpe, persiguiendo rumbos diferentes. Te dan ganas de saltar, y girar sobre ti misma. Pero permaneces sentada, como el resto. Algunos aplauden. João te mira, y a Luís, y otra vez a ti, sonriendo. La recepcionista se pone de pie y te encaja una mirada que nadie más puede ver, cuyo significado comprendes, más allá de cualquier idioma. Sus pechos atraviesan la vista de João, marcando territorio. Luís dice lento, como para no desconcentrarse: a Exu se le considera demonio, se le pide venganza, sortear el peligro, librarse de la justicia, pero Exu no es malo, no —reitera—, sólo travieso, juguetón.

—A Exu no debes temer —dice João desde atrás del cuerpo frondoso de la mujer, y todas las cabezas giran hacia él—. Si le temes, Exu te perseguirá con saña, provocará tu desatino. Pon cara indiferente y di: «No te temo, haz tus cosas, déjame en paz». Perderá el interés, hará *brincadeiras* por otro lado, a otras personas.

—Exu obedece, hará lo que le piden —remata Luís.

Y las cabezas giran ciento ochenta grados hacia él. Las miradas del público se dirigen entonces a ti, sentada en el medio, ya que esperan traducción, y repites todo de manera obtusa, sucinta. Observas a Luís, la cabeza y la

mirada hacia arriba, sus dedos gruesos, oscuros, lamien- do la piel del tambor, abriendo su sonido y despertando una forma de ser vibrante en tus sentidos. El sudor res- bala por su rostro y su cuello, y percibes su aroma como un nombre, flotando en el aire.

—Si un humano pide a Exu que haga algo malo, ahí Exu realiza la acción, pero el malo es el humano que mandó pedir la crueldad de matar, robar, torturar. Exu sólo hará lo que Dios le permita, Dios está por encima de cualquier orixá.

Te paras a bailar. Pero no sabes cómo moverte, tus movimientos son tímidos, con los ojos de la *white people* sobre ti, aunque pronto se unirán, sonrientes y amigables; con los ojos de João y su joven seguidora sobre ti, como si fueran a ponerte una calificación por tu *performance*; con la mirada de pregunta, en los ojos de Luís.

No danzas acelerada, es sólo una reacción a la música. Bajo tu nuca sientes un soplo caliente, escuchas un silbido por entre los tambores, como si te atravesara la cabeza. Tus pies se enredan como si fueran de otra persona, quieres parar y tu cuerpo no obedece. El soplo desciende, te aprieta los pezones, te agarra las nalgas. Tu corazón acelera y las manos tiemblan. Tu cuerpo se mueve enredado en ese aire invasor que percibes mal- hechor, que presientes un aviso del no-cuerpo. Imaginas



el mundo, tu mundo, cuando tus muslos y rodillas no se muevan, cuando el corazón no pulse y el intestino se detenga, cuando los labios no sorban y los ojos ya no enlacen lo de afuera. Tu cuerpo, autónomo, ¿morirá solo? Tu cuerpo, que quiere enredarse en otros cuerpos y pulsar, ¿se cansará de bailar? Tu cuerpo, de olor propio como un nombre, dejará de ser moreno amarilloso, de colorearse cada nanosegundo por células que se renuevan. Se hincharán tus órganos, explotarán bajo tu piel, pútridos, extraviados de su origen y destino. Vagarás como un soplado caliente por entre los muslos y las ingles de los hombres, vagarás por qué lugar, te llamará qué voz, desde dónde. El aire no llega a tu nariz, a tu garganta, a tu carne de cerebro. Sientes que viene el desmayo, la muerte, la pérdida de la cordura. *Luís* te mira enérgico y, como si el tambor lo trasladara a él, se aproxima a ti menguando el repiqueteo.

—No tengas miedo de Exu —toma tu mano y la pone sobre el tensor y luego sobre el cuerpo, de madera—, siéntelo.

Tu mente no respira, hipnotizada por los golpes graves y agudos, breves y largos, de los dedos gruesos y umbríos. Quieres decirle, explicarle de alguna forma, pero tu mente está ovillada en alguna parte donde no la encuentras, no la escuchas.

—Por eso te sigue, *meshicana* —en tu oído la voz y el olor, fortísimo, de *Luís*—, no tengas miedo del caos, del cambio, de la transformación.

Asida a su mirada, el tiempo deja de fluir. Necesitas la mirada de *Luís* como si fuera el cordel a un barco, para no hundirte. Tu corazón late más rápido que el tambor, pero te propones, seguir el ritmo de los dedos oscuros, como una promesa, para sobrevivir. Gradual, tomas ritmo en tu inhalar y exhalar, un ritmo que no es del tambor, ni de *Luís*, ni de tu planta carnívora que no sabe bailar. Un ritmo propio, tu respiración.

Instalada en tu compás, *Luís* te suelta la mirada. Silencia su tambor y dice en voz alta:

—¡Yo soy hijo de Omolú! —levanta el tambor más grande hacia João, sonrín—, y ahora viene el toque, y la danza, de mi marca.

✱

Para la adolescencia, vacía ya de dioses y antítesis de dioses, llena de libros y películas nihilistas, dices: no creo en nada. No hay nada después de la muerte. Y logras dormir tranquila, por unos años. En realidad, nunca resbaló una sola pastilla por tu garganta. Aprendiste a beber el agua escondiendo cada esperanza de tu madre bajo la



lengua. En tu matrimonio, breve, aparecen ruidos y fuerzas cuando estás sola, durante los viajes de tu marido, y después, por las noches, en tu lado de la cama, con o sin él. Reaparece la imagen, cubierta de oscuridad, de despertar dentro de una caja bajo tierra, en silencio. Regresan las lámparas y los radios. Regresa la fuerza que te aplasta y te lame el oído con viento caliente. Pero será por poco tiempo, unos meses apenas, antes de que la pareja comience a tener tantos pleitos y problemas que no quede más espacio para cosas inexplicables.



—A los muertos los toca Omolú —dice *Luís*.

### OMOLÚ

Obaluaiyé. Rey de la tierra debajo la tierra, rey de la piel, de la viruela, del sarampión, de la fiebre y de los viajes, del desposeer. Señor de los cementerios, de la peste y la insolación. Señor de los perros, lamedor de las heridas. Con la muerte, cura, con renacer. Nadie ha de ver su rostro, ni su pierna, coja. Obaluaiyé. Señor de la sequía, de la tierra caliente y dura. Rige el ano, la vagina, la sangre. Cuando alguien muere, Omolú se sentó sobre él. Orixá de la medicina, curandero de los pobres, pacificador de las almas. Piel de cicatriz. Con blanco y rojo, con blanco y negro, adoramos a Omolú.

Aparece por la vereda que conecta la casa de huéspedes con la playa. Es muy alto, no vemos su rostro, está cubierto de paja desde la punta de la cabeza hasta los pies. Cojea de una pierna y le acompaña un perro, pequeño y dócil. *Luís*, con gestos universales, nos invita a formar un círculo y a mover brazos y piernas a su ritmo, languideciente. Omolú se posiciona en el centro del círculo. La paja cubre toda su silueta excepto los brazos, fuertes pero con heridas (falsas, de maquillaje: diría tu mente, pero no habla). El perro lo sigue y llena con sus pasos rápidos y cola zigzagueante el espacio del ruedo. Los brazos de Omolú barren el aire, los dedos están comprimidos, agarrotados. La espalda arqueada hacia el frente, como si fuera un anciano. La danza es lenta, pausada, fácil de seguir para los otros turistas, para ti: la mexicana, y para João y la joven recepcionista, quienes conocen los movimientos y observan sin bailar desde fuera del círculo. La joven sacerdotisa de João, de quien ya te gustaría saber el nombre, te obsequia una sonrisa, amigable para aprobación del hombre de su devoción, porque él observa su mirada sobre ti, y a ti.

Siempre doblado hacia el frente, Omolú danza con el ademán de espantar moscas inexistentes de las heridas de ambos brazos. *Luís* dice que, si esto fuera en un verdadero terreiro de candomblé, habría gente lamiendo las heridas



de otra gente, habría personas danzando a ras del suelo, rodando, hombres y mujeres danzarían para encontrarse, pero *ainda mais* para despedirse, y que los enfermos también estarían danzando en el círculo, por eso la música es lenta y su tambor paciente.

Te acercas a los brazos de ese hombre que al tocar el tambor se traslada a otra parte. Quieres danzar con él para encontrarlo, piensas, no para despedirte. Traspasas el círculo y sientes que rompes una fuerza hecha cordón entre los brazos de la gente, pero la fuerza se queda contigo, como si el cordón se te enredara. Con dedos comprimidos y espalda arqueada, *Luís* te mira y esta vez no te está salvando de nada. Te colocas a su lado con la obediencia de la joven recepcionista hacia João. Quisieras erguirte, preguntar: ¿qué fuerza siento, que no es la mía? Pero no eres dueña de tus piernas, ni de tus brazos, ni de los músculos de tu cuello. Como si los tambores fueran cuerdas que amordazan tus pensamientos. Sólo eres dueña de tu forma de mirar. A *Luís*, quien también te mira, desde su ritmo. Mira tu boca, tus senos, tus nalgas.

Omolú de pronto se sienta sobre el suelo. Y se vuelve a parar. Y se sienta, como un golpe. Y de nuevo de pie, como si lo jalaran con hilos desde el cielo, por encima del techo de palma.

—Porque la muerte llega cuando Omolú se sienta sobre você —dice *Luís*, con voz de chamán.

—Porque la muerte llega a todos, está llegando siempre, desde que nació.

—Porque su dolencia tiene cura, siempre.

—Porque danzar con Omolú es no dejar de danzar.

—Porque quien ve el rostro de Omolú se desencarna.

Te olvidas de traducir. El grupo de turistas parece ahora un grupo de devotos, con la mirada extraviada hacia dentro: en sus propias imágenes de muerte y enfermedad. Nadie pregunta qué cosa dijo el hombre que toca el tambor.

*La muerte también cura.*

Esta frase llega a ti en suave desgranar, como el ritmo acompasado de tus hombros, rodillas, muslos y cabeza. *Luís* pone el ritmo, tú concedes coyunturas. Descubres cómo tus huesos y tendones son el ritmo de Omolú. La música te habita como el horizonte cuando se vuelve costumbre en los ojos. Omolú, rey de la fiebre y la dolencia. Sus pies abren la tierra, caliente y seca. Omolú y su vestido de paja, rostro velado, rodillas saltonas, espalda en arco. Escuchen el silencio: dice Obaluaiyé.

*La muerte también cura.*

(¿quién lo dice?)



Tus hombros, muslos y brazos cadencian. A Omolú, un perro le lame las heridas por debajo de su capa de paja, la cual traslada como choza privada, como guarida de cangrejo ermitaño. Omolú viajero, que no para de moverse, despacito. Omolú cuya cabeza no ve las nubes ni los pájaros. Danza tu cuerpo, frente a él, danza tu sangre, tu vejiga, tu ano. Danza tu respiración. Se arritma tu mirada a la del hombre de la música. Danza Omolú y sus pies te parecen guerreros, y sus brazos te parecen lanzas, y sus saltos tu corazón, que también danza.

*La muerte también cura.*

Dice una mente que no es la tuya. Comienza a serlo.



—¡Lucíaaaaa! ¿Qué es éstoóoo?

Tras el refrigerador, un collage multicolor, como de cuentas de vidrio, como chaquira y lentejuela: pastillas y píldoras en color variopinto, aglutinadas en una sola forma, esculpida por años. Los hombres de la mudanza se llevan el refrigerador y tu madre te lleva a un especialista. No firman el divorcio, pero viven separados. Ansiedad, ataques de pánico, nada de qué preocuparse, señora —dice la voz grave y lejana del consultorio—, el origen reside en un fuerte temor a la muerte, a la desapa-

rición. A tu padre prácticamente no lo volverás a ver. Tu madre, el terapeuta, tu mente y tú saben que no habrá forma de que aceptes tomar el medicamento. Según se observa, señora, ya es prescindible. Tu lema será, desde entonces: todo es prescindible.



—Los muertos olvidan con Naná —dijo João.

### NANÁ

Salubá, señora del lodo, la lama y el pantano. La más antigua orixá: Naná Burukú, señora de la muerte. Recibe los cadáveres, los arrulla y los entibia, los envuelve como en vientre materno. Porque la muerte es nacimiento. Protege a los Egun: los ancestros, los antes de la vida, después de la expiración. De añil, lilas y blancos viste la señora de la pelvis, la cadera, los huesos de la espalda y la carne del cerebro. Hay que olvidarlo todo para nacer de nuevo. Madre de Omolú. Sus aguas calmas, casi inmóviles, lavan a cada muerto. Llegará un orixá para animarlo y protegerlo. Al nacer, nos damos a la muerte: dice Naná, mientras arrastra lento nuestros cuerpos.

Debes cruzar un pequeño canal, como río miniatura, antes de llegar al agua salada de la playa. Tus pies resbalan sobre el verde de la lama. Saltas un par de rocas y tus talones se hunden en un charco de agua clara. Por debajo, arena blanquísima. Es como andar entre nubes, piensas. Como ser un fantasma.



Al terminar la danza, *Luís* se despidió de ti:

—Se te abran los caminos, *meshicana*. Sane tu ánima.

Pero tú no querías despedirte, sino encontrarte con él.

—Los encuentros son despedidas, también —respondió él a tu propuesta.

—Despidámonos, *então* —insistió la mexicana.

—Muy bien, sea entonces, ven al *terreiro* de lemanjá. Tocaré para la orixá del mar, es en Salvador, vivo allá.

Y dijiste sí, iré. Y *Luís* brindó fecha y dirección. Mientras el grupo se dispersaba para cenar, el hombre del tambor y la turista morena caminaron hacia el mar. La mujer pelirroja te agradeció traducir, te dijo ser de Pasadena, California, que podrían verse otro día, salir juntas. Se despidió con un abrazo fuerte y se quedó de pie, viendo cómo te alejabas con *Luís*, como te vería tu propia madre, o abuela, hasta desaparecer. Y *Luís* te habló de las orixás de las aguas y de los vientos, las orixá mujer: Oxum, lemanjá, lansã, Naná y Apará. Naná es la más grande, la más antigua, dijo suave. La playa se abrió inesperada, inmensa y larga.

—*Boa viagem* —susurró *Luís*, y agregó—, un viaje es *la viaje* en portugués, también es una mujer.

Y desapareció.

Te dejó con la vista llena de mar, de horizonte, de barcos pesqueros y luz oblicua, tornasol. Pero el mar en

Itaparica es como los espejismos de tu desierto. Hay que andar, y andar más, kilómetros a veces, y cada vez que te aproximas el mar se aleja, sobre todo en marea baja, para que tus pies y rodillas toquen el agua salada tendrás que caminar casi una hora, por más próxima que el agua te parezca.

Recuerdas a Naná, João también les habló de esa cabeza de luz. Los muertos olvidan con Naná. La muerte es olvidar. Olvidar es sanar.

Piensas en los enfermos de Alzheimer, se diría que Naná llega antes de tiempo a esos encarnados. Piensas, como si fuera otra vida, en tu divorcio, los pleitos, las demandas, tu cama de la infancia, tu adolescencia.

—La mente flota—dijo João—, la mente va y viene, la mente no es suya, o sí, sólo por un momento, por una vida, toca limpiar su mente, otra se irá formando en su nueva vida.

Cuando los cuerpos del grupo se fueron tranquilizando, ya sin tambores, despertando la vista a lo inmediato, Omolú se fue como vino: sin mostrar el rostro, sin dejar de moverse a ritmo de su danza, se adentró en algún punto de la vereda hacia la playa. Mientras, João acordaba horarios y lugares con los turistas. La recepcionista se acercó a ti.



—Você gostou de Luís, não é?

—Sim—respondiste sin pudor—, gostei.

—Eu tive ciúmes, ravia, competencia, de você.

—Noté.

—Você não gosta de João, não é?

—Vocês son casal, pareja, casamentados? —replacaste, sintiendo que estabas dentro de una telenovela subtitulada.

—Não, ainda não.

La recepcionista viró y alejóse rápida, enérgica, enrabietada, en cólera. No alcanzaste a preguntarle el nombre.

João tardaría un buen rato antes de despedirse de ti, Luís te abordaría al verlo alejarse.

Detrás de ti, a lo lejos, palmeras y casas, hamacas y niños y risas de un lado a otro. De frente a ti, a lo lejos, la promesa de las aguas de mar, cielo y nubes, barcos de pesca. Tus pies han dejado la lama, se hundieron en lo blanco, flotan en la arena mar adentro, en metros de charco lodoso, cálido, donde te recuestas y te dejas tragar.

Te inquieta pensar que esta playa tiene fin, que ser playa también acaba. Tú quieres ser mar a las seis de la tarde. Quieres sentir el aliento del atardecer en la garganta. Quieres ser, entre tus dedos, pez de escamas azules, doradas. Cangrejo verde fosforescente. Coral: la dureza

de quien no eres. Te inquieta pensar que la vida tiene fin, que la vida se acaba. No te cansa ser arena. Concha de ostión abierta. Piedra arrojada hace muchos años. Gaviota. Pájaro de estómago azul, cabeza roja. Cantas iu iu iu, aaa aaa. De vez en cuando, cóo cóo. A veces, hasta ladras. Todo eres tú, en Itaparica. Las voces de los pescadores, el murmullo de la red al caer sobre al agua. Burbujas. Carnada silenciosa. Viento. La risa de los niños, sus piernas, sonrisa cara a cara.

No se cansa el corazón de latir viento entre las ramas. Soy mar, piensas. Un caballo negro cruza el horizonte, relincha. Soy ola, dices. El *cais* revienta, deja espuma en tu boca, en las ideas. El cielo se vuelve oscuro, pesado. Hoy llueve hace muchos años. Eres estrella que no se mueve. La luna dando vueltas. Palmera en negritud. Sol fugado.

Un olor a agua estancada se propaga, quizá del canal cerca de la playa. Son otras aguas, piensas, donde estoy es agua salada, limpia. Bajas y subes los brazos, dejando, seguramente, una marca en el suelo como un par de alas. Abres y cierras las piernas, no te importa humedecer tu ropa, es ropa de playa, traje de baño y pareo, todo blanco. Estar en esa playa dilatada, sola, con tan poca agua que apenas moja tu nuca y tus nalgas. Cálida. Te recuerda a Altata, la bahía de tu infancia, tranquila y sin olas, prolongación de Culiacán: ciudad de ríos y lama subterránea.



Cierras los ojos.

El agua comienza a hincharse, envolviendo tu cuerpo. Quieres moverte, pero la espalda no te obedece, como pegada al lodo, como si de pronto sólido. Te ves caminando por Salvador, como dentro de un sueño, con *Luís*. En sus labios escuchas *Bom fim*, pero no sabes qué significa, de qué habla. Te observas bailando al ritmo de sus tambores. Te ves en el ferry, observando el reflejo de la luna en el agua. Te ves danzando con lemanjá. Te ves en una fuente de azulejo verdoso, y bebes agua, y te vuelves niña. Y quieres pensar en aquel sobrenombre, que de pequeña tenías, pero no escuchas la voz de tus amigas, llamándote, en... ¿tu mente? Hace rato que no la escuchas: detectaba la información que solicitaras, al instante. ¿Tu nombre? ¿Tu ciudad? ¿La playa esa bajita que te parece similar a esta playa bajita en la que el agua crece? No es espuma en tu boca, es lodo. ¿Flotará tu cuerpo si el agua lo cubre? Quiero escuchar mis apellidos: gritas por dentro, y escuchas negro, vacío. Los nombres de tus padres, de tus abuelos. Sabes que los llevas en algún lugar de la sangre. Pero la sangre no habla. La sangre es agua.

Náuseas, quieres subir tus manos, taparte los oídos y la nariz, pero el agua fluye y siguen hundidas en el lodo. Quieres gritar. El olor a agua estancada persiste pero has cerrado los ojos y el mar te cubre, ¿qué aguas te envuelven, qué fango?

El agua aumenta y tu cuerpo se hunde, más. Sabes, por el bamboleo, porque el agua choca contra sí misma, que allá arriba sopla el viento. Tu cuerpo comienza a mecerse, a desencajarse del lodo duro. Primero la cadera, luego la espalda, por último la nuca, tu cerebro como si un ancla. ¿Qué te jala? Flotas, entre la espuma. Abres la boca, aspiras viento y tragas burbujas, sal de mar. Ya no hueles fango. El escarceo te arrastra hacia la orilla y tus brazos y piernas comienzan a animarse, poco a poco, y quieres recordar tu nombre, pero aún no se termina de formar.

En la orilla te arrastras, la arena te recibe, húmeda primero, seca y pedregosa, después, y si cierras los ojos es como hundirte en el mar, y si jadeas es como desnudarte, y si quieres gritar no sabes qué palabra, en qué lenguaje, pero reconfiguras un nombre: *Lucía*, y muchísimos nombres se agolpan, el de tu madre, tu abuela, tu padre, tus abuelos y bisabuelos y apellidos que desconoces, y nombres de lugares a los que nunca has ido, donde ellos fueron procreados, y sientes que te mueves hacia esos lugares, pero sigues arrastrándote en la orilla de esta isla, no sabes cuál.

Itaparica. La isla de los muertos.

Dicen los niños, que te rodean, que sonríen, que se acuestan a tu lado y se arrastran contigo, como si fuera un juego.



En tus venas el movimiento de unas olas de bahía, de una ciudad con lodo y lama, de ríos subterráneos, de espuma sobre una isla.

Culiacán —dice tu voz—, Culiacán es la isla de mis muertos.

Los niños ríen.



—A los muertos los rige Iansã —dijo Luís.

### IANSÃ

Epahei, Oiá. Señora de los vientos, los relámpagos y los huracanes. Madre del atardecer. Viste de cielo rosa, naranja, marrón. Líder de la ruta de los muertos. Habita las copas de los árboles, la espuma en las cascadas. Fiel a sí misma, amó a todos los orixás. Domina el útero, el estómago, los labios vaginales. Iansã, Yansã, Oyá, la que desgarrar, la que arranca los árboles, madre de nueve, guía de los descarnados. Del riñón y la vesícula es pulsión. Madre luchadora, fogosa, ardiente. Soplo que precede a las tempestades. Le siguen los Egun y las mariposas. Guerrera y vencedora, alegre y risueña. Ella está aquí: ¡Epahei!

No sabes si definirte floja o meditativa.

Puedes pasar varias horas viendo el horizonte y con más ahínco el atardecer. La playa, los pájaros, el mecer de las hojas de las palmas.

Puedes sentir cómo en las corrientes de viento vienen montados los muertos. Iansã es la madre de los muertos, su orixá que los orienta.

Ninguno de los otros huéspedes cree en estas cosas. O, por lo menos, no lo aceptan. Para el resto del grupo la cosa es folclórica. No es de personas cultas y estudiadas creer en espíritus y en dioses animistas, en algún dios, el que sea. Te asumes inculta, de pueblo. No atinas a decir creo: demasiado racional. No lo eliges ni lo racionalizas, no lo sopesas con axiomas y teorías. Sólo alcanzas a decir: siento, ya que sentir no implica método científico. Sientes cómo los muertos vienen flotando en el aire que mueve las palmeras, sientes cómo cada palmera, cada rama gruesa del árbol familia, es un espíritu descarnado, un espíritu en espera de la nueva versión de su cuerpo. Porque así lo leíste en *Viva o povo brasileiro*, porque así te lo han explicado niños y adultos en Itaparica y Salvador de Bahía. Que las almas descansan entre las plantas en espera de reencarnar. Que Iansã es la madre de los sin cuerpo. Que cuando viene el viento, que es Iansã, los muertos vienen con ella y agitan las ramas, donde habitan los espíritus, y toda la isla es una fiesta, una isla de viento, de muertos.

Ha subido la marea, el agua antes a kilómetros de distancia, mar adentro, cubre ahora tu altura al ras de las paredes de las casas. No puedes caminar por la orilla





porque no hay orilla. Hay muros y agua, hay muelle y saltar del muelle para nadar, como si fuera una alberca gigante. Te hundes en las olas breves de Itaparica. Relámpagos en esa nube que avanza hacia el muelle. Una nube gorda, oscilante, como un ejército que se descubra y cambie de táctica. Tus piernas no sienten el frío de un agua cada vez menos transparente. *lansã*. La imaginas en vestido rojo, eleva las manos y arde el horizonte. Atardecer. Salta y grita y la tormenta viene. Porque viene *lansã*, piernas abiertas, la boca agudizando sus dientes blancos como rayos o como estrellas, con la lengua de fuera, como una ola repleta. Viene *lansã*. El cielo bajo es una falda rosa con destellos naranja y las olas suenan al ritmo de sus tambores. Viene *lansã*, y tu cuerpo se une a tus ojos y avanzas un pie, luego el otro, rozas caracoles. El mar quieto y benévolo es agitado por *lansã*, el mar generoso y maternal es angustiado por *lansã*. *Mas não é o mar*, te dice una mujer cuya mano toca el muelle, junto a tu mano, ambas a punto de salir del agua. No es el mar, no es lemanjá —dice la sonrisa de la mujer, ayudándote a salir— quien provoca las tragedias, los naufragios... sino *lansã*. El viento. Y apunta al cielo encapotado. Lo dice quedo, como para no hacer enojar a la orixá vanidosa, cargada de caprichos, como una nube cargada de agua. La mujer y tú se adentran en los árboles como si ahí el

viento pudiese frenar, pero es un arrebató que viene de lejos, que mueve las plantas, que arranca raíces, que mece los ojos de los muertos que no ves y que observan tu cuerpo, sopesando reencarnar, con hartazgo y paciencia. La mujer ríe y te preguntas si no será la orixá misma, hecha cuerpo, pero abre la puerta de una cocina y te invita a pasar. Prende la estufa y prepara algo con harina y azúcar (es sabido que *lansã* no cocina, nunca), mientras el viento bate puertas y ventanas, el cielo es azul oscuro y tiembla. Ya vienen los sin carne, dice la mujer y dispone los platos como si supiera tu nombre, tu origen, tu razón de estar en Brasil. *lansã* está aquí, *minha filha*, y sus dedos apuntan a la ventana. *Minha filha*: hija mía, mhija. En sus manos oscuras ves las manos del padre de tu padre. Itaparica es también tu isla.



### EGUNGUN

Habitantes de Orun.

Intocables.

Por debajo de su manto y sus franjas de color gira viento descarnado, remolino de protección, dádiva.

Con hombre da voz, movimiento, respuesta.

Pero es el ancestro, masculino, velador de las reencarnaciones en la línea familiar.

No cualquier Egun es Egungun.

Siete años de muerto, ilustre en vida, contribuidor, ético, protector.



Mirador de lo colectivo.

No somos uno, los encarnados, los sobre la tierra.

De millones de almas se mueve el aire bajo las ropas de Egungun.

### IYÁ

Habitantas de Orun.

Indetectables.

Porque todas son una, ímpetu de mujer, robusta.

Su voz en mujeres que pueden detener los vientos,

acompararlos, sanar y visionar los cuerpos.

Iyá: madres veneradas, madres más ancianas,

todas nuestras madres.

Son el camino de la encarnación de los ancestros.

Fertilidad, fecundidad, maternidad.

Dominación, agresividad, persecución.

Fuerza colectiva de matriz.

De millones de vientres vibra la fuerza imprevisible de Iyá.

—Sólo en esta isla se rinde culto a los Egun —dijo João—. Giran con sus ropajes, se comunican con nosotros, los encarnados. Están lejos, en otro mundo. Y sin embargo nos observan y protegen.

Te parece que, mientras caminas solitaria de regreso a tu casa de huéspedes, tus ancestros te rondan, montados en el viento, meciéndose entre las ramas. Que el viento de mar, sutil y silencioso, carga información desconocida, veraz. Que las voces de João, de Luís, de la mujer en su cocina, son voces de hace mucho tiempo, de dentro de mucho tiempo. Te parece que tus sentidos se mecen en viento cálido como tu cuerpo en el agua de la playa.

Al llegar a tu cuarto ves que las cosas están fuera de lugar. Cierras la puerta, con llave. Te tiras sobre la cama, quitas el mosquitero. Observas el caos. Tu necesidad del orden. La necesidad del caos. Vacías los cajones, volteas las botellas, rompes los papeles. Un soplo invisible y quemante roza tu cuello y baja en espiral hasta la punta de los pies. Una fuerza pesada comienza a tumbarse sobre ti, cuando te recuestas en la cama. Duerme: diría tu mente. Pero tu mente ya no viaja contigo. Todo es prescindible.

Piensas en Xoroquê, en Exu, en los Egun y las Iyá. Tomas un baño caliente.

Recostada en la oscuridad, te parece que puedes escuchar el golpeteo del agua en el muelle de madera, bajo la luna. Cierras los ojos y ves tu cuerpo putrefacto, tus órganos detenidos, verdosos, y comprendes que has muerto ya muchas veces. Te dejas llevar por un vaivén como el de un carruaje, o un coche, o un caballo.

La viaje: Naná.

El mestizo errabundo: Xoroquê.

La senda de los muertos: Iansá.

El abrazo al morir: Omolú.

El amigo de los muertos: Exu.

Los Egun.

Las Iyá.



Sientes en cada movimiento del follaje, tras la ventana abierta, una bola de fuerza ya no pesada sino volátil. Imaginas, como dentro de un sueño, que le dices a Exu: sé que me espías; a Xoroquê: busca otro muelle; a Naná: ¿cómo eres?; a tu Egungun: tú me proteges. Que las Iyá te inyectan suavidad enérgica, decisión sin tregua. Que ya estás dentro del movimiento, dentro del viaje que no conoces, no conoce nadie. El abridor de caminos, el de todas las lenguas, el *senhor* de los inicios y la transformación, danza junto a ti: Exu. Intuyes todo viaje profundo y negro, como el pasaje entre las piernas de las mujeres. Despertarás otra, tus párpados no buscan abrirse y verificar... ¿qué cosa?, tu corazón no late acelerado, tus manos ahora cálidas y firmes.

Sientes, no, ya sueñas, cómo tus ancestros te rodean, se mecen sobre ti, recorren tu cuerpo, son aire caliente, bolas de fuerza, voces antiguas, pesadez y respiraciones ajenas, yacen sobre tu estómago y coyunturas, ahora flácidas y confiadas. Te observan y protegen. Visitan, contigo, los lugares que más gustaron en vida, o que más gustarán. Son viajeros, como tú.

Comienzas a creer en lo que sueñas.

Salvador de Bahía es tu bahía de salvación.

## MENSAGENS DE PÉ

*Sobre la arena  
escritura de pájaros:  
memorias del viento.*

**Octavio Paz**

Cada vez que veo en la playa tres líneas en forma de Y griega, una y otra vez, como pintando un camino, como dando vueltas, ya sea en línea recta o en espiral, pienso: *escritura de pájaros sobre la arena*. Y me pregunto si no habrá traducción para esos pergaminos efímeros, si no habrá un mensaje oculto, si no querrán decirnos algo.

Hoy caminé por un atardecer rosa, de rayos naranjas. Dejé que me contuviera una nube difuminada mientras el mar susurraba, en espuma blanca. La arena era un ondear de fósiles diminutos, una escultura capricho del oleaje, bajo mis pies. Y las huellas de mis pies: ¿escritura de humanos? Giré. Desanduve mis pasos: los anduve otra vez. Observé mis pisadas. Huellas profundas, compenetradas, seguras de sí. Un andar sosegado, de innegable contorno humano. Llegué a donde di vuelta, a mi punto de regreso, y ahí fue difícil sopesar cuál huella fue primero que cuál. Reí. Comparando las pisadas de roce menos profundo, un tallar apenas la arena, anduve en círculos



amplios, en un volver a volver a *voltar*. Me detuve y observé: sucedió algo nuevo. Dos huellas, una junto a la otra, en equivalencia de inicio y final, en línea recta, en espejo: el izquierdo junto al derecho. Una arena más oscura asomó en la esencia de estas huellas: profundidad. Ésta es la marca de un ser humano de pie, viendo hacia un punto fijo, pensé. Un ser humano estuvo mucho tiempo ahí, su propio peso afincó más y por ello la oscuridad en esas huellas, como cráteres.

Como una palabra, así escrita: dos huellas profundas: un pie izquierdo paralelo a su pie derecho. Esto significa, en lenguaje de huellas humanas, «observar», me dije. Como un jeroglífico. ¡*Oi, alguém me leia, aqui!*: me oí pensar (nota al *pé*: viene a mi mente, en portugués de la calle, una frase de Calvino que leí en español, traducida del italiano, sobre un hombre rotando en su planeta, escribiendo mensajes para posibles espías que le observaran desde las más lejanas e impensables galaxias).

Definí: donde vea dos huellas, una junto a la otra, una del *pé* izquierdo y otra del *pé* derecho, sin más huellas hacia adelante, leeré la palabra «observar».

Cuando vea una serie de pasos en círculo, entrecruzándose, una huella sobre la mitad de la otra, un tallar menos profundo de la presión de caída por el poco tiempo detenido del peso de las piernas, ahí dirá: «jugar».

Y cuando vea huellas profundas, serenas, en línea recta, un izquierdo sin par a su lado, luego un derecho sin par a su lado, y así sucesivamente, es decir, la marca de una caminata, estaré leyendo la palabra «vivir». Podría tener una segunda acepción: «avanzar». Y si de un diccionario se tratara, añadiría: coloquialismo regional que significa «escribir».

Mis pies: uno junto al otro. Sin continuidad al frente, sin continuidad atrás. «Observar». Mi escritura de *pé*. Marea baja. Tardará en borrar. Me sentí satisfecha. Inventé un idioma breve, congruente. Marqué agudizando mi peso en la postura de la palabra «observar». Una gaviota aterrizó en una de mis huellas de la palabra «vivir», escrita minutos previos, más cerca del mar. El ave me observó largo tiempo con un único ojo, mientras su otro iris se dirigía al oleaje, que comenzaba a oscurecer. Dio vueltas alrededor de la evocación de mi pie. Luego avanzó, perseguida por las olas, en brinquitos breves, como se mueven las aves, hacia la arena:



En su caso, el avanzar en línea recta equivale a repetir muchas veces la palabra «observar».



Entonces su «avanzar», que en mi lengua hoy inventada es sinónimo a la noción de «vivir» (y, en coloquialismo, a «escribir»), equivale a observar muchas veces, repetida, obcecadamente:

Observar  
Observar  
Observar  
Observar  
Observar

Avanzar es igual a vivir es igual a escribir es igual a observarobservarobservar.

Mis ojos hacia el mar.

Mis ojos hacia la arena.

Mi andar perseguido por las olas, en brinquitos breves, como si.

Mis ojos hacia la gaviota, cuya mirada también me observa.

Mis ojos hacia el cielo, que es un océano y comienza a oscurecer.

Quise alzar el vuelo (dejar de observar: dejar de escribir), pero mis pasos deben escribir la arena para salir de la playa. No puedo volar al cielo, ni nadar al océano. Humana, sólo puedo andar por la arena: escribir por medio de mis huellas: observar, una y otra vez. O desandar: describir retrocediendo mis huellas: observar hacia atrás.

Llegué a la arena más próxima a las casas, las hamacas y las palmas. Una arena blanca y suelta, donde las huellas no se graban. Las patas Y griega de la gaviota se hundieron a mi lado, como tinta desparramada, sin papel. Anduvimos un rato por esa otra galaxia que es la arena suelta. Llegaron una, dos, varias gaviotas más. Por un momento caminaron en círculo y de haber sido una arena más húmeda se podría ver escrita la palabra «jugar».

Vimos, tranquilas, cómo agua y viento anduvieron mi diccionario. Al caer la noche, las Y griega, en bandada, se echaron a volar.







**AXÉ**

*Receberam então Iemanjá, que penetrou nelas  
ou pela cabeça ou pelas axilas ou pelo púbis...*

**Mar morto, Jorge Amado**

Oodoyáa Oodoyáa

Omio Odoyá

Tam tam tam tamtamtam

Tam tam tam tamtamtam


Oodoyá Omio Odoyá

Tamtamtamtamtamtamtam...

La mãe de santo emerge con andar cansado. Con  
paso que es centenar de años. Con mirada de otro siglo.

Tam tam tam tamtamtam

Tam tam tam tamtamtam





Tomo asiento, ojalá no llame mucho la atención, no quiero molestar. Pero es inevitable. Mis facciones son diferentes, mi piel oscura de otra tonalidad. Mi portugués menos líquido, mi forma otra de ser hembra de mar.

*Mãe de santo* se sienta junto a mí y observa muy atenta cómo lemanjá, madre de las aguas, acude al llamado de sus tambores. Vestida de azul y plata, una falda amplia y turbante blanco, estrellas de mar en las telas, y el rostro cubierto por cuentas que descienden como la espuma de una ola que se rompe, los brazos se mueven como el vaivén del océano, las palmas de las manos hacia arriba y abajo cual escarceo, los dedos tiemblan como la luz de la luna sobre el agua, la pelvis ondula como una barca abriéndose paso al horizonte. No es una *dançarina*, dice *mãe de santo*, es lemanjá misma.

Mmmm-mhmmh...

Los tambores de la orixá, *Luís* entre ellos, la siguen. La gente extiende plegarias para contagiarse de su forma de ver el mundo: maternal. Los hombros de lemanjá saltan ligeros y su cuello se arquea. Sus ojos se abren, un poco apenas, y surge de ellos una luz clara, como de luna. Recuerdo el ferry: el halo de luz de la luna llena. Ésos son los cabellos de lemanjá, dijo un hombre junto

a mí, anoche, cuando cruzaba de la isla de Itaparica al Puerto de Salvador. Vi una sombra entre dorada y verde, alargada, la sombra-luz de la luna, oscilante sobre el océano. Es la Orixá de Aiocá, continuó el hombre, recargado en un barandal que lo detenía de saltar, la Orixá de todos los mares, *Janaína*, la *Rainha do Mar*, sus cabellos se alargan con amor para todos nosotros, ahí, en el reflejo de la luz de la luna, ésa es su cabellera, como una red, ¿puedes ver? Dije sí. Mientras hablaba, el hombre rozaba su frente con la mía. Todos bebíamos cerveza en el ferry. No entendí si quería algo conmigo, o si así hablan en Salvador de Bahía: rozando una frente contra la otra, extendiendo la palma de la mano a mi cabeza, mi nuca y mis hombros. Verme a los ojos como si me poseyera para luego darse media vuelta y ver a otras mujeres y pasar a mi lado con indiferencia. Hay una respuesta que se me escapa. Un debo hacer que no entiendo bien. Toqué también sus brazos, ahí, donde van los tatuajes, mecí mi frente sobre su frente, me aproximé hasta olerlo nítidamente y permití que me olfateara nítidamente. Pero no me atreví a besar o tocar su cuello, sólo a mirar. Un día mi cuerpo ha de responder, de alguna forma, cuando comprenda por sí solo el lenguaje de los cuerpos de lemanjá.

Noto que los tambores acompañan un ritmo diferente, pa-pú-pa, pa-pú-pa, como el sonido bajo el muelle



cuando me siento a rozar el agua con los pies. Pa-pú-pa. El incienso es fuerte. Iemanjá se arrodilla, su falda azul arquea la marea que arrastra cada noche, aquí, frente a nosotros, hacia adelante y hacia atrás, y los ojos se abren, se esconden y se vuelven a abrir. Escucho las olas, aquí, en el patio del *terreiro* de Iemanjá, una casa de cartón con gallos y gallinas corriendo de un lado a otro, cerca de un muelle resquebrajado. Huelo sal y siento mis pies helados, como cuando camino por la playa. Cuerpo caliente y manos frías, mis ojos ven azul, azul.

Vuelvo a notar, como en un sueño, las huellas en la arena que vi hoy por la mañana. Veo mi pie, pequeño, a lado de una huella grande, sensual. Encajo la garra de mis dedos en su penetración, como habitando esa huella grande y pesada. Aquí pasó un hombre, casi lo huelo. La arena clara por fuera del contorno, oscura por dentro de la silueta. Un hombre moreno corrió a paso firme, aquí, hizo arena profunda de la arena clara. Iemanjá, madre generosa, arranca de mí todas las huellas, hazme otra vez arena clara.

Los tambores frenan, Iemanjá se mueve lenta, marca los pasos de su oleaje, como si caminara la playa en marea baja. Pasos breves, de cangrejo ermitaño. Sus manos abren y cierran como un bivalvo que se esconde bajo la arena. La gente ríe. Los tambores renacen y con-

trolan mis senos, mi cintura, mis nalgas. *Luís* me observa como desde un barco lejano, tras el círculo de bailarinas de Iemanjá, mujeres de blanco y azul que tocan su nuca y su frente, ruedan y se levantan, imitando a la Reina del Mar, entre sonrisas enigmáticas, pies firmes y aplausos. No puedo evitar los ojos de *Luís*, ni verle fijamente. Los tambores enlazan mi mirada. Me cuesta respirar, por el asfixiante aroma a lavanda. Soy un pa-pú-pa, tamtam-tam, pa-pú-pa, tamtamtam. Soy el agua oscura y sosegada que golpea por debajo de un muelle de madera enmohecida. Tamtamtam. Soy el agua abierta por la proa de un barco y su quejido al golpear y ser golpeada por él, pa-pú-pa.

—Yo sé que mi orixá está aquí cuando comienzo a tocar en un ritmo propio —dice un hombre a *Luís*, tensando su tambor—, o cuando mi cuerpo danza como si lo supiera todo, lo que yo desconozco.

—Es tu orixá, que estáte visitando —responde *Luís*, y sé, por sus ojos, que él toca para mí.

Dos mujeres con la cabeza rapada se hunden entre las del círculo. Cabeza y mirada abajo, sonrisa misteriosa, cuerda al cuello, dóciles, descalzas, de blanco. Son *iaô*, dice una mujer junto a mí a otra más joven, casi niña, invocándole respeto. *Axé*, responde otra, muy anciana. La gente observa a las *iaô*, intuyo aprendices, con admiración.



La *mãe de santo* ve todo con sus ojos de hace muchos siglos. Ve a las *iaô*, a la joven casi niña, a la anciana, a mí. Temo el ver su mirada: corresponder. Temo no ver su mirada: no corresponder. Mas tomo coraje, la coraje, como dicen en portugués. La coraje es una mujer. La viaje es una mujer. La origen, la lenguaje. Los sustantivos que anhelo ser son del género femenino, aquí. La veo fijamente y al tiempo veo huellas en la arena: no son mías. De pronto sé que ella sabe lo que significan en mí las huellas de los hombres, incluso las huellas de una mujer, todos esos seres que amé, que preciso olvidar, preciso. *Mãe de santo* asiente, abre su cuerpo como si el mar abriera las olas y me adentro en él.

Nada poseo: no me interesa. A nadie me ato: no necesito. De nadie soy: no me requieren. Pero un cangrejo me camina por debajo de los senos, bajo el ombligo. Son las ganas de poseer al hombre que me arrastró fuera de sí, fuera de mí. Llegué a pensar, incluso, en ser carne en común. Yo, que nunca me vi madre, me oí decir: quiero un hijo, contigo. Atónita de mi voz, desde no sé qué garganta, en un no sé qué tiempo, con no sé qué lengua, qué raíz.

Los tambores me ensordecen: sí, por favor, no me dejen pensar, no más. Cierro la mirada y veo mi cuerpo cálido, aperlado de sudor, frente a un espejo. De rodillas,

con las manos en la tierra, se erigen mis pechos en redondez oscura, mis pezones como espinas de rosa, mi sexo abierto y mi rostro encendido, frente a mí. Por detrás se enreda un brazo más oscuro, y un torso, puedo sentir un par de piernas que me anclan. Es *Luís*. Mi cuerpo en el espejo disloca el tiempo. Sin abrir los ojos, no escucho más a la *mãe de santo*, ni los tambores, ni los cánticos. En mi oído la respiración de *Luís* y su olor tan único, sobre mí. El pecho acelerado de una mujer morena con manos y rodillas sobre la tierra en el espejo bajo que no existe y me refleja.

Llega en su lugar la imagen de un vientre inflado, mi vientre, y en su pasaje al mundo, por entre mis piernas, mis labios abiertos e hinchados. El fluir de mi sangre, con el rumor y fuerza de un río caudaloso, como un orgasmo. Sé que la sangre es tierra, baja por mi sexo, sube por mi garganta, me ahogo. Mis venas, mi sexo, mi ano y mi garganta están llenas de tierra y por esa tierra nace un bebé y en su boca hay coágulos y piedras. Mi vientre, ahora hueco, se aplanan y me dan ganas de llorar, porque yo nunca he sido madre, ni he deseado serlo, y por entre mis piernas he visto salir a un niño, justo ahora —¿o será una niña?—, pero todo esto no son más que pensamientos, me digo, ensueños, ¿o qué son?, y alguien, o algo, como una mano, me los arranca, y abro los ojos, al ritmo de le-



manjá, Señora de la Maternidad, que mueve las piernas lento, como si anduviera por debajo del agua. Quiero saber si era niño o niña, quiero saber si yo, si sería capaz...

La *mãe de santo* me encircula junto a las otras mujeres (¿la Coraje? ¿la Viaje? ¿la Lenguaje?), que danzan imitando a la *Sereia do Mar*, y siento que mis hombros y mi pecho se levantan, como con imán, al ritmo de sus cantos y percusiones. Estoy a punto de llorar, pienso, y me descubro llorando, pero llorar no es un pensamiento, dice mi mente, deja de llorar, pero no puedo, porque no puedo pensar, porque no estoy pensando en nada, y mi cabeza gira, como si alguien la girara, una vuelta, dos, tres, y no hay mano sobre mi cabeza y no puedo pensar, ni decirme nada, sólo llorar.

Porque la mente es ruido, susurra *mãe de santo* en mi oído, porque hay que guardar silencio, por dentro.

—Como al oír caracoles —agrega, y dejo de llorar, poco a poco, al ritmo ahora suave de lemanjá —, como al oír orixás.

—Porque callar es contrario a la tempestad —dice arqueando el cuello, con los ojos en blanco (¿atisba dentro de sí? ¿dentro de mí?).

Me abren el paso. Las aprendices me dan agua, cerveza. Alguien toca mi frente, un paño helado, un aire de no sé dónde, respirar. Quiero decirle todo, a *mãe de san-*

to, pero mi boca no puede *falar*. Gritan mis ojos, no mi voz: ¿a dónde ir, *mãe de santo*, dónde vivir? Ella ríe, con sonrisa de espuma, baja la cabeza como un sí. lemanjá danza avanzando en el círculo, imitando el movimiento de las olas, su pez de plata refleja las luces y los rostros. Sus doncellas la rodean, inclinan la espalda, cruzan los pies, balancean la cadera cual barca a la deriva. Mi corazón imita su latir.

La gente comienza a formarse para salir a la playa. *Mãe de santo* me guía a una habitación contigua donde refugia sus caracoles, redes de pesca, canastos, máscaras de paja, tridentes, figurillas de cada orixá, flores secas, velas y frascos de perfumes. Me sienta frente a ella, extiende su falda como si fuera una mesa entre las dos.

—Tú no eres de lemanjá, *não*, no eres maternidad y mimos, *não*, tú eres de Oxum Apará, ésa es tu marca de orixá, mitad Oxum, mitad *lansã* —dice *mãe de santo*, con sus manos sobre mi cabeza, su mirada de océano en paz, los caracoles echados, sobre su faldón—, tú eres espuma, no mar. Oxum: señora de los ríos, los espejos y la fertilidad, *lansã*: señora de los vientos y la sensualidad. Oxum Apará es mitad y mitad, de carácter dulce y belicoso. *Você é filha* de Oxum Apará. Me muestra mi rostro en un espejo dorado, pequeño, del tamaño de la palma de su mano.



—Este espejo es de Oxum —dice sonriente—, siempre lo carga consigo, Oxum es vanidosa, le gusta reflejarse, conocer las versiones de sí. Iansã sale al mundo, vence las batallas, con su espada se defiende y defiende a los que ama. Oxum Apará es ambas a la vez, carga espejo y también espada.

En el reflejo veo una mujer madura, una mujer que lleva tiempo en mí, observándome. El espejo lanza una luz que me enceguece y siento como si mi cabeza se abriera, como un terremoto desde el cerebro hasta las nalgas, y por entre los pliegues de mi tierra abierta la mujer del espejo entra.

—Tengo miedo —dice mi voz.

—No temas, *não*, es Oxum Apará —*mãe de santo* coloca sus manos en mi cabeza como dos garras, mi lengua se petrifica, seca—, ella es tu orixá, quien te animó, ella está aquí, te protegerá, Oxum es gestación y fertilidad, Oxum Apará dice tendrás fertilidad, germinación, mas *não* precisan ser hijos de vientre, *não*, fertilidad es dar, cambiar la vida de los otros, gestar, e Iansã es sensualidad y lucha, amante no de uno sino de todos los orixás, sale al mundo y vence sus propias batallas, Oxum Apará es agua y viento, los hombres se quedan atrás, no desees la cesación de movimiento, eres de Oxum Apará: mitad Oxum, mitad Iansã, *ocê* tiene que aprender a desear...

Desear: *desejar*: desechar. Elegir un horizonte es desechar otro.

El corazón brinca, de forma distinta. No he de ser nada que yo conozca, entonces, no quien se espera de mí. He de ser otra. No somos muchas, leeré después, las hijas de Oxum Apará. Es cierto que tengo una obsesión por el sonido de las olas, de las cataratas. Es cierto que me he visto en un espejo, con la entrega de Iansã, que me he visto gestando hijos de tierra, no de sangre, con la fertilidad de Oxum. Es cierto que necesito ver el mar, o por lo menos un río, cada día, cada semana, cada mes, para poderme escuchar, que necesito verme y también moverme, mudarme incluso, para sentir paz, que los hombres se quedan atrás, cuando me arrastra mi huracán.

¿Cuál será mi vejez si no he de tener hijos, ni hombre conmigo? ¿Cómo acepta una mujer de qué está hecha, si nunca lo ha visto? *Mãe de santo*, ¿cómo desear lo que no se conoce?... Arranque de mi corazón esta piedra que no deja el agua correr, el viento pasar, concédame ser ola, viento, reír como el sonido del agua contra las rocas.

Los tambores cesan. *Mãe de santo* recibe los movimientos de Iemanjá, quien encabeza la formación de las mujeres de cabeza rapada. Cada una se tira al suelo, rueda, toca su frente y su nuca. La playa nos espera y cada familia deposita en silencio las ofrendas a la Reina



del Mar: figurillas de la orixá, conchas y estrellas de mar, acarajé, perfumes, rosas blancas y azules, perlas y peces de metal. Las ofrendas flotan en canastos sobre las olas, se encaminan hacia el horizonte, poco a poco se hunden y los tambores retoman su voz, ahora en cadencia más tenue, sosegada.

Imposible estar juntos, dijo el hombre a quien me juré compañera ante un horizonte blanco. Recuerdo su risa, entre cervezas, por entre el humo de su cigarro. Su silencio, cuando por fin comprendía que no todo puede analizarse. Imposible estar juntos, dijo, y rompió ese horizonte, el deseado. Me quedé paralizada, mucho tiempo, junto a su huella, oscura y húmeda.

El agua y el viento transforman la arena.

Me quedo de pie, junto a *mãe de santo*, junto a mí misma. Sé que, desde algún lado, estoy observándome.

Tam tam tam

Tam tam tam

Aplausos. Palos de madera santa batiendo sobre las espaldas. Una brisa húmeda sopla por entre mis pies. Siento rozar en mi cuerpo una capa de arena fina. Mi piel es arena fresca, recién alba, y una mano nueva, un ritmo desconocido, toca mi piel extendida, me hace canción, suspende el

sonido de mis olas y me recomienza. *Luís*, quien me sonríe desde la playa, recomenzando los tambores, como el sonido incipiente de una lluvia inesperada. Hay un viento en mí, cada vez más claro. Un fluir de agua, cristalino.

*Iemanjá* se acuclilla, mueve sosegada su faldón amplio de un lado a otro, como una ola baja que choca contra el muelle. Las aprendices la rodean. La gente comienza a retirarse, cada vez somos menos sobre el muelle. Las ofrendas, me imagino, encallan en el fondo del océano, y la bella y generosa *Orixá* de los mares se deleita con pétalos y fragancias e imágenes de sí misma.

*Luís* y los hombres de los tambores ríen, a través de sus brazos y sus manos, que también danzan sobre las pieles extendidas de los sonidos que provocan. Sé que mi piel se extenderá hacia *Luís*, hoy mismo, al caer la noche. Que al término de la tarde me tomará de la mano y nos confundiremos entre otras parejas y familias de blanco que se dispersarán desde el muelle. Que al amanecer mis vientos me llevarán a otra parte, a mis otras versiones y reflejos. Que lo que vi hoy en ese espejo es lo que sucede, justo ahora, en este momento.

*Iemanjá* se aproxima y *mãe de santo* me inclina hacia ella. Despídete, me dicen sus ojos de muchos años. Escucho cada vez más fuerte los tambores, como si se hubieran trasladado hacia nosotras, o como si nacieran



muy dentro de mí. Janaína me ve con sus ojos y dientes blancos, por encima de su frente una corona enmarca su estrella de mar, toca mi hombro y siento una descarga, una fuerza que estira mi médula hacia el piso y hacia el cielo: pierdo el equilibrio.

Iemanjá comienza a danzar a su ritmo, más bien lento, y mi cuerpo reacciona con vida propia, acelerado: mis hombros se arrojan como el agua de una cascada, mis dedos se mueven como la espuma de las olas, mis antebrazos empujan como el viento a las hojas de las matas. Y comprendo. Comienzo a danzar un ritmo propio. Porque es mi orixá la que danza, Oxum Apará, la que me orienta y me penetra, la que me dirá cómo amar, sin frenar ni aprisionar, la que me hinca y me levanta, la que revela cómo ser viento, espuma de agua, la que levanta mis hombros y mis piernas, la que me arquea, la que entorna mi cadera y los huesos de mi pelvis, la que arranca de la arena estos pies y estas piernas, la que sopla con el movimiento de mis brazos hacia el cielo, la que hace tierra de mis nalgas, la que hace viento de mi cuello y de mi espalda y me hace girar y provoca mi risa, cuánta risa, la que susurra a mis senos y a mi ombligo, a mis hombros y a mis labios, a mi cabello y cintura, todo, todo aquello que desconozco o, de tanto saber, había olvidado.

Axé.

## NO GALOPEO

*Me corrió hasta las espuelas un temblor como de beso  
con el alma en las rodajas le saqué flecos al viento  
las leguas se me alargaban y las clavé en el sendero*

José Larralde

—A una mina de la cual no estás enamorado, no se lo dices. Si te acostás con otra mina que no te interesa, tampoco se lo dices.

—¿Cómo decirle, entonces, para que no insista?  
¿Cómo dejárselo claro?

—Y... qué sé yo... A esta le eché: mirá, cuando te vayas de viaje, a Europa, lo nuestro se acabó, no va a dar más. Y... eso es. Con eso ya le quedó claro. Que no va a estar conmigo para siempre.

—Y sí... sí... Y... bueno, ¿te agarraste a la otra, a la de veinte años?

—Sí, ¡claro!

—¿Y va a venir?

—¡Sí, chabón! ¿Sabés lo que es eso? Si alguien sube fotos al Facebook y la otra se entera...

—No, chabón, cómo crees, ninguno de nosotros va a subir fotos contigo y la nena... ¿cómo crees?

—Bueno, bueno...



—...

—Y es que tengo a las dos de amigas en Facebook, estoy jugando a fuego, si una se entera de la otra...

—Y... no, no se van a enterar... ¡Pero qué bien, tenés a las dos!

—Sí... Sí...

—Mirá la mesera... cuerpazo...

—¿Será que se nota que tenemos otro acento?

—¿Será? ¿Que tenemos otro acento?

—Y sí, algo han de notar, que somos de la Patagonia...

—¿Te acordás, de la mesera aquella...? Ja ja.

—Esa mina quería papel, vivía en Mataderos, para que te des una idea...

Yo escribe.

Reproduce lo que dicen dos jóvenes blancos y rubios, de vaqueros y camisas de colores tenues. Se inclinan a dejar la ceniza del cigarro y se vuelven a enderezar. Sus voces se le pierden a Yo, las retoma, se le pierden otra vez. Existir es escucharlos con atención. Registrar su voz.

Narrar lo que no invento, lo que registro.

Pero Argentina no se hizo para encerrarse a escuchar a dos hombres que dicen lo mismo que cualquier hombre de mi país, de cualquier latitud, con otro acento.

Salgo a respirar el polen que me acucia los pulmones. A mormar mi nariz alérgica a lo desconocido. A repasar la conversación y negar en vano la posibilidad de que sí, es lo mismo que me han hecho a mí, han dicho así las cosas, o no las han dicho, han evitado subir fotos al Facebook, que de todas formas yo vería después, en el muro de la otra, y así, la misma historia.

Pagar la cuenta del café, dejar el *split*. Avanzar entre corrientes de aire cálido. Las plazas, el atardecer: rosa fulminante, las nubes y los loros volando de techo en techo, de copa en copa, entre los árboles y los cables. Arcoíris.

De pronto, entre el sonido de los colectivos, los autos, los niños, los perros y los bombonazos de shorcitos y piernas divinas, entre bicicletas, polen y olor a puerto, en medio de la plaza, me detiene un árbol.

Sus hojas en la cúpula son color café y, abajo, rozando las cabezas de la gente, si hubiera gente, verdes. Tan verdes como un grito. El árbol mueve con furia las hojas color café, allá arriba; con leve cadencia las verde claro, acá abajo. Como si fueran dos canciones diferentes. El tronco parece mecerse por consecuencia, como los mástiles cuando zarpa un barco.

La cúpula del árbol se divide en otras cúpulas más pequeñas, como ramilletes en colores verdes, amarillos,



rojicafés. Cada cúpula es una voz, un sonido singular, un ritmo en su propio color. Cuando todo esto aparece en medio de la plaza, ante mi figura petrificada, estornudo y recuerdo.

Los espíritus de Brasil. Las almas en pena de Itaparica. Los Egun. La madre de los muertos, Iansã, la mujer de viento que los trae a visitar este mundo, enredados en su cuerpo de kilómetros por hora. ¿Será que los muertos de Argentina claman desde estas cúpulas, como los espíritus en Salvador? ¿Será que en su vaivén de planta esperan pacientes su reencarnación? ¿A dónde van los espíritus porteños? ¿En qué creen los hijos y los nietos de estas ramas de colores?

Puedo escuchar sus voces: siento escuchar sus voces.  
En este árbol, y en aquél.

La gente camina de prisa, con reloj en el antebrazo y registro de minutos y calorías, con los críos atados a las carriolas, o lazo en mano de un cuadrúpedo que también clama.

Los loros gritan verde en las cúpulas café, como si sus graznidos fueran preguntas y respuestas. Conversan con los espíritus argentinos, me digo, con los espíritus de los gauchos.

—¡No! —grita una cúpula—. Los gauchos tienen sus propios árboles, sus arbustos, sus ombúes.

—Pero, es que en la pampa no hay árboles. No es negocio reencarnar en planta de cosecha.

Gruñidos.

Murmullos.

Concilio.

—Está bien —dice la cúpula más vieja—, aquí también hay espacio para los espíritus de las pampas. Pueden estar, si gustan.

A mí me da emoción escucharlos. Registro lo que oigo, lo que veo. Escribo como pasear. Narro lo que me escucho escuchar. De pie, en medio de la plaza (que en mi mente todavía llamo «parque»), ya no hay caminos, ni banquetas, ni descendientes de los espíritus ejercitando y arrastrando las carriolas.

Como si de pronto me llegara la onda nítida de una estación de radio. Hay bostezos de mujeres y juegos de espíritus infantiles, apuestas y rencillas, esperando encarnar para atacarse pronto con un facón o con un despido laboral en una oficina de Puerto Madero.

Hay risas. Abrazos.

¡Que los árboles preñados de almas siempre me encuentren! Yo también soy espíritu en pena, quiero decirles (¿pero en qué idioma, en qué español, de qué época?).

Por entre el bullicio de la tarde, suenan guitarras (en esta mente que sí es mía, que no escapa de mi cuer-



po). Los espíritus entre los árboles callan, calculan con la mirada, hacen sus apuestas, dicen, primero tenue, y cada vez más fuerte, chocando enérgicamente las ramas cafés contra las verdes:

que debo venir de lejos, que si a dónde voy, que de dónde vengo, que me miren bien, que he reducido el paso, de pronto freno, en medio de la plaza, con un temblor como de beso, que parece que los escucho, que las leguas se me alargan y el tiempo es parejero, que no hay que andar sin por qué, le estorbo a los otros, ya ni estornudo, de pie, oyéndolos mirarme, no galopeo.

## ANDAR ES ESCRIBIR

—¿Pero qué va a usted a decir de aquel pueblo?

—Lo que sentí.

*Treinta años de mi vida*, Enrique Gómez Carrillo

Corrientes y sus luces de Broadway sobre el gris de edificios coloniales. El obelisco. Los alfajores. Las empanadas. El asado a media noche, madera olorosa, costumbre gaucha. Una habitación rentada a dos hermanas que llevan comida a mujeres sin casa en la Nochebuena, dan posada a dos gemelas finlandesas, adoptan a una paloma herida y a un pobre cachorro cuya dueña millonaria no mirará jamás como ellas. Vista a Pueyrredón.

Sentir que Argentina es una Austria exiliada, una Italia al final de la guerra. Olvidar el portugués. Dudar —siempre— de mi español. Hablar lunfardo con Gabriela, argentina que conocí en Monterrey, oír cómo su hermano jura que no se lo vuelven a descansar en el laburo. Dormir con Nicolás, amigo del hermano, músico, pero dormir: no quiere ser infiel, por primera vez en diez años, a su mujer, casada. Escucharle hablar sobre la cama de su amante, y del dorima de su amante, y que basta, basta ya, con él no van a jugar más.



El mate. Con hierbas o sin. Por la mañana, por la noche, en casa y bajo el brazo. En ningún bar. El mate con facturitas. El dulce de leche. El alfajor. Las medias lunas. El café. De pronto reggaetón —lo que no hubo en Brasil—, de pronto radio en español, la Mala Rodríguez. Leer pensar hablar en español, otra vez. Los anuncios y los periódicos, las latas y los efectos secundarios, todo en español y no entenderlo, como si fuera un español de hace mucho tiempo, un español con más árabe e italiano, con otras cosas qué decir. Dudar —siempre— de mi español. No saber si quienes me rodean entenderán mis palabras, si el significante es el mismo para ellos que para mí. Decir plaza pensando parque, decir fósforo y dibujar cerillos, decir colectivo imaginar camión, decir ruta y sentir carretera, leer residuo y pensar basura, escuchar villa y en mi garganta estremecerse la pobreza. Una voz que dice te van a romper el culo y en mi cuerpo excitación. Una voz que dice chupar pijas y ver el gesto de una boca rozando sus propias rodillas, otro tarro de cerveza y carcajadas a las tres de la mañana.

Ser confundida, de nuevo, con una «moza de familia». Por mi tez morena, por mi acento, por mi forma de andar. O con una vendedora ambulante, una inmigrante, una villera, una mujer que abandona a su hermana demente en un autobús urbano: ¿es tu hermana?, oye, ¿es tu

hermana?, no podés dejarla aquí, es muy feo abandonar a una hermana, ah, disculpa, como la chica era morena. Como la gente del norte, dice un hombre alto y rubio equilibrando su cuerpo en el transporte colectivo. Yo sólo le presté mi pluma: dice en silencio mi voz (en mi mente, donde puede decir *pluma*). ¡Un bolígrafo —gritaba la chica desafortada—, un bolígrafo! ¡Préstenme un bolígrafo! Preguntarle alguna cosa, con afán de calmarla. Sonreír. Quiero escribir: su voz, de tono diferente al bonaerense. Darle una hoja blanca de ésas que siempre traigo en la bolsa. Garabatear, como una niña. Comenzar a relajarse, la gente, poco a poco, decir cosas como: pobrecilla, es que no la pueden encerrar, hay una nueva ley, sólo con su propio consentimiento, tiene un hijo, sí, yo lo he visto, tiene un hijo, un chiquito que a veces anda con ella, ¿pero no es tu hermana? ¡No podés dejar así a tu hermana! Descender del colectivo: dudar: si no será mi hermana.

Alérgica a Buenos Aires: estornudar, sangrar una y otra vez por esta nariz que no me sirve de nada, sentir: no puedo respirar, nunca podré. «No salga al pasto, no toque los gatos, no se esponga al polvo, enciérrese en su habitación y prenda el aire acondicionado»: desobedecer. Salir al parque y perseguir pericos de árbol en árbol, imitar su ruido para atraerles, jugar con el gato de las hijas de Nicolás y toser en el intento, garganta cerra-



da, limpiar el polvo y salir: ser Buenos Aires, respirar esto que soy, ahora mismo: brisa de río y polvo sepia, colectivos y tacones altos por la noche, mujeres guapísimas con el viento levantando sus cabelleras, hombres cuidando de sus hijos, polvo apilado en el cementerio de Recoleta con los poemas que no alcanzó a escribir Gironde. Mis brazos, departamentos caros como enjambres socialistas. Mi voz, tonalidad desconocida: ¡dale!, y un taxista que me da vueltas de más con tal de terminar de cantar «El Forastero». Bajo el atardecer en Pueyrredón, soy el viento que ahora mismo me atraviesa como si todo mi cuerpo una sola fosa nasal: la alergia, que se va.

Yo sé que en mi vida pasada fui mujer de Recoleta, en ese panteón me enterraron, y me enterraron viva, yo lo sé: la voz de Alma Kuraica, encajándose las uñas en el cuello, como asfixiándose. Amistad de secundaria, en Obregón, ahora vive en Buenos Aires. Tuve sueños, desde niña, a veces veía una vida en Croacia, otras, mi vida en Argentina, vengo de muchas vidas, pero la que más me gustó fue en Buenos Aires, por eso estoy aquí, siempre supe que tendría que venir acá, enamorarme de alguien de acá, mi abuela me hablaba en Croata, en Obregón, moviendo cosas de un lado a otro en el hotel de la familia, fue la única que me apoyó, cuando les dije que me iba. Como ella, dejé mi país por amor.

La muerte de un tío paterno en el océano de Cortés, sobre la playa de sahuaros. La voz que me lo dice se escucha lejos, como en un sueño, en acento y palabras de una vida lejana, de otro tiempo. Numerología, dice Alma, otra forma de explicarnos la vida: el año en que nacés, altitud y latitud, la familia que elegís, la familia que te ha hecho quien eres hoy. Sumá el día, el mes, el año de tu nacimiento: ¿igual a 1? Creatividad y autonomía. Escogiste nacer en ese día, en esa familia, para ser esta mina, hoy.

Sincrodestino, libro guía de Josefina, la mayor de las hermanas que me hospedan: estar y no estar en el balcón, estar y no estar de las palomas, estar y no estar mis huesos en este mundo de árboles, estar y no estar las nubes en el vacío del universo que imagino oscuro y condensado, estar y no estar mi mente en este diseño corporal, mis ideas y sentimientos, la escritura. Estar y no estar en México, en Brasil, en Argentina. Estar y no estar: destellos de la (i)realidad: liberarse del estar.

El museo de la Lengua, las librerías de viejo, las primeras ediciones de Borges, aquí están los libros prohibidos, mirá, mexicana, acá. Y el Ateneo y su cúpula de capilla Sixtina, leer libros completos de Amélie Nothomb, de Paul Auster, de Sylvia Molloy bajo su bóveda dorada. Sentir: Argentina: no sé lo que vine a buscar/descubrir lo que vine a encontrar.



Padres que son parteros de sus hijas, las reciben, cortan el cordón umbilical. Padres que cuidan bebés en las carriolas en los parques. Padres que cocinan en la trastienda de los conventillos y alimentan a sus hijas que miran a los clientes desde una banca. Padres con piercings y tatuajes que arreglan sus motocicletas con bebés amarrados a sus espaldas. Padres que se quedan en casa para que la madre de sus hijos salga con otro hombre. Padres y madres pagándome el colectivo porque sos de fuera, porque sos mexicana, qué bueno que venís a la Argentina... Roberto Piazza cantando tangos a una madre alcohólica que es todas las madres, con la mirada puesta en el horizonte del río de Rosario que es todos los horizontes de los niños hijos de madres alcohólicas... Roberto Piazza diciendo boludeces y provocándonos la risa, diciendo que le recagan las pelotas todos los abusadores sexuales y entonando versos de Alfonsina Storni. El colectivo 93 que me lleva a todos los rincones de Buenos Aires. Libertador y su amplitud de playa, con atardeceres rosas y naranjas. Leer a Daniel Moyano, a Cristina Piña y Amalia Sato, Alejandra Pizarnik y María Negroni. Borges y Cortázar. Allá, cuando leí Rayuela y el sendero bifurcándolos con mi sonido mexicano; acá, con el voseo porteño y una amabilidad inesperada.

De Buenos Aires a Córdoba y a Altagracia, y de vuelta a Rosario y de nuevo Baires. Los otros de paso: un escritor colombiano en sus veintes que llegó hasta Rosario, aún no ha visto Buenos Aires, se le acabó el dinero y es chef en este *hostel*, en medio de los ríos. No quiero volver a mi tierra sin acabar siquiera de escribir un libro, dice, un libro sólo, con todo lo que aquí he conocido... Para ser escritor hay que viajar, escuchó decir, y se ha vuelto adicto. Sí es una especie de adicción, no puedo imaginarme estudiando otra vez, no puedo imaginar una vida en un solo lugar, un trabajo con un horario que me obligue a quedarme en. Es como una sentencia —su voz de cumbia inacabada—, como tener los días contados. Y, de todas formas los tenés: mi voz, que ahora suena diferente. Su mano sobre la mía. Su novia en la puerta. Mi mano, sin mano encima. Cenar con el estudiante de letras argentinas que sólo ha leído letras argentinas. Con la mujer de pueblo que logró llegar a la capital, que viaja sola, nunca a un *hostal*, primera vez, porque ella es de *tours*, fan de las telenovelas mexicanas, ha visto a Ari Telch, Belinda, Verónica Castro, en el supermercado donde es cajera, y te cuenta si una usa guantes de plástico, si otra es amable, si huelen a recién amante. Las alemanas futbolistas que toman cerveza y dicen: no vayas a Punta del Este si no te gustan los zapatos altos. O creer que eso me dicen.



Su voz en alemán: entender por contexto. Sorpresa en ellas, en mí también. Responder en español. Traducir una a las otras. En todo el viaje no ver japoneses.

Altagracia. El pueblo. El nombre de la madre de mi padre. Sentir que estoy en Los Mochis, Bacobampo. Las pampas al norte de Argentina son Navojoa, Huatabampo. Hierba dorada, eucaliptos, ganado. Visitar la casa del Che Guevara: su idealismo, que contengo; sus viajes, que comparto. Escribir es andar: sus frases, que registro. Andar es revolucionar: sus frases, que reinvento. Una estancia jesuita que me dice cómo fue la vida en esta Otra España Bastarda. Los negros allá, sin ventana. Los indios libres, empleados. Los blancos de manos limpias en un recinto donde la luz, las puertas, los candelabros, la fogata sin humo, las palanganas de agua.

El Buquebús. La emoción de cruzar por agua de un país a otro. Subir la rampa. Habitar el barco. Asomar por el vidrio: el mar que es agua lodosa que es el Río de la Plata. Así que éste es el Río de la Plata. Bajar en un terraplén. Morir de humedad, de calor. Avanzar hacia otro *hostel*. Leer en la pared: «Jóvenes, tengan cuidado, la marihuana es ilegal en la Argentina». Abrir la ventana a un balcón, a un nido de aves de las cuales una puedo ser yo. Sentir: aquí vivo, hoy. Caminar hacia el río y tocar las paredes españolas, portuguesas, españolas. Dejar que

un musgo verde me grite la Historia y que un guía me cuente su infancia en ese mismo barrio, antes de putas, olvidarnos de las fechas de la conquista. Sonreír a un turista brasileño que me pregunta en español: ¿está todo bien?, en el faro de Colonia. Subir del viento por escaleras larguísimas, sin ventanas. Creer que el sol es benigno y terminar con dolor de cabeza, sangrado en la nariz. ¿Que no sabés? En Uruguay el sol puede matarte, aquí hay más cáncer de piel que en todo el mundo, es el peor el sol de aquí. Contemplar el atardecer como quien presenta un examen. Marihuana, mate, hombres bellísimos que no dejan de observarme. Quizá por el andar de mi mano a través de las páginas de esta libreta. El regaño a los hijos, de las mujeres de Colonia, coquetear a sus hombres y aplaudir cuando el río se traga la tarde. Sentir que oscurece mi cuerpo cansado y latir, mi corazón, con la prisa de quien no conoce el mundo: dormir es una pena, dormir y dejar de caminar por Colonia es una pena, pero estoy tan cansada, ayer me emborraché en Buenos Aires, en otro país, con tres amigas nuevas, de ésas de otra vida. Reencontrarnos en cada país e idioma, sentirnos amigas por siempre, saber que ya lo hemos sido, que no nos volveremos a ver. Mi cama limpia, fresca de *hostal*. Por la ventana un árbol en cuyas ramas un par de fantasmas se callan el uno al otro. Recostarme y soñar que



mi corazón dará la vuelta al mundo mientras dormito, como el sol en su viaje nocturno y, por la mañana, habrá de contarme todo lo visto y oído, en un idioma cálido y esplendoroso, como el de las aves al amanecer. Recordarme niña, justo así, soñar lo mismo, ser otra vez y siempre quien al cerrar los ojos ya quiere despertar, escuchar las historias del mundo, ser cada una de esas historias.

## MI PATAGONIA

*Viajar es un acto de desaparición.*  
*El viejo expreso de la Patagonia, Paul Theroux*

—Nos sigue —les digo.

—¿Cómo nos va a seguir? —responden a coro.

—Lo vi desde El Elegante, junto a la tumba.

El remolino es casi negro, zigzaguea por detrás del coche. Lo podemos ver por los tres espejos, como si fueran varios. Pero volteo y es uno solo. Siento como fija su dirección hacia nosotras, mientras su cuerpo oscila de un lado a otro.

El cráter El Elegante es el más grande y profundo de El Pinacate. Tiene kilómetro y medio de diámetro y al fondo, como un embudo, un cuarto de kilómetro hacia abajo, se pueden ver diminutos y ondulantes sahuaros, como si fueran pistilos de una corola gigante. Desorientada, quizá por el calor (que no, que no está fuerte, repiten mis amigas: lugareñas), me quedé viendo cómo un halcón descendía para engarzar un ratón despavorido, y mis pies pisaron tierra donde no la había: mis ojos prometieron senda donde más bien hoyo o precipicio. Caí de este lado: coches, mis amigas. Rodaron unas piedrecillas



hacia el centro, donde todo lo visible es de otra forma. Escuché un eco de palo de lluvia mientras me incorporaba, todavía incrédula. Mi mano sangra.

*Yo no sé las otras, pero yo vengo de mar y arena, de caracol y sahuaro. El mar que habito es este cráter, como si fuera sangre de placenta. El aquí es un útero colosal. Los zopilotes descienden, como medusas negras, hacia el óvulo primigenio. Entre más crezco, el cielo más pesado, la tierra más ligera. Soy piedra.*

Hace exactamente un mes que dejé Uruguay. Que terminé «mi viaje por Sudamérica». Pero todavía no se acaba. Estoy en Puerto Peñasco, buscando aún mi lugar en el mundo, o mi no lugar. Primera vez en el norte de Sonora, tan árido como Atacama o un valle lunar. Aunque más de una vez me jacté de ser mujer del desierto, la verdad crecí en el sur del estado, rodeada de tractores y tierras de cultivo. El clima invernal que me recibió a inicios de año ha comenzado a menguar, la primavera es muy breve, pronto arreciará el calor extremo, de cincuenta y pico grados centígrados. El coche no tiene aire acondicionado, no contamos con radio, los celulares en El Pinacate pierden señal. Pero era venir así, hoy, o no venir: esperar no es una opción para quien no sabe cuánto se quedará.

El coche se atasca, una vez más, en la arena fina, el sol comienza a descender. Yo tengo prisa porque quiero llegar a la caseta de la entrada, donde vi un símbolo de primeros auxilios. Tengo la mano enredada en papel higiénico y me unté de un gel antibacterial que rodaba bajo el asiento de Marcela, pues no teníamos otra cosa. Presiono la herida con la otra mano, como si la misma sangre fuera a pegar el músculo, desbalagado. El torbellino gira detrás o de frente al coche, como adivinando nuestra velocidad. Ni un kilómetro de más ni uno de menos, pienso, o lo traspasaríamos.

*Aquí comenzó la vida del planeta. Con un pie gigante. Del hermano mayor, dicen unos. De la explosión de la bruja, dicen otros. De la lucha entre ellos. Del soplo. De un cráter de meteorito que prendió fuego y todos venimos de su ceniza. De un óvulo expandido. De tierra. De conformarse célula.*

—Pues no les quería yo decir —abre la boca Vanesa, como quien cuenta un chiste y aguanta la risa para no estropearlo— pero los remolinos, dice la gente de aquí, traen al difunto dentro, o sea, el difunto los mueve.

Marcela, manejando, saca el mapa y lanza un: oigan, ¿esto, sí o no, ya lo pasamos?

Frena.



El remolino también frena, a su izquierda.

Marcela gira poco a poco la cabeza hacia él. Si tuviera ojos esa madeja de viento y tierra, estarían viendo el rostro de Marcela, con fruición.

Pisa un poco el acelerador y el remolino avanza. Suelta el pedal y el remolino frena. Por las ventanas se cuele el aire cálido del desierto y un olor como a rata muerta, cada vez más fuerte, casi chicloso, pegajoso como sudor.

—Esto no es normal —dice Marcela y saca de su bolsa una cruz de madera, porosa, blanca—, esta cosa está bendita y aquí la voy a colgar y cállense la boca, pendejas.

Pensé que después de Brasil cruzaría Argentina hacia el sur, hasta la Patagonia. Imaginaba una playa fría, sin olas, a punto de recibirme. Llegar al final de una tierra nueva, donde me extraviaría de todo y de todos, y encontraría mi propia forma de desaparecer. Pero tuve que doblar el mapa, decir: hasta esta línea, nomás. Se acabaron mis ahorros, los empleos nunca llegaron. Tomé el avión de Buenos Aires a Ciudad de México. Tras una escala de varias horas, tomé otro avión, más pequeño, a la ciudad de Hermosillo. Después, un taxi a la central de camiones y, finalmente, un autobús de seis horas, con varios retrasos por retenes. Crucé de un hemisferio a otro, y del desierto de Altar al mar de Cortés, como una ballena seca y desorientada, a destiempo en su propia migración.

*Tuve que aceptar el no moverme. Las piedras se mueven hacia adentro, como un caracol, hacia la médula del sabedor. Tuve que ver / sentarme a ver / verme asentar. Como si mi cuerpo no tuviera prisa porque no tuviera tiempo, porque en todo ese tiempo no hubo tiempo.*

Hace un par de horas, cuando me caí, Marcela también nos dijo: ¡son unas pendejas! ¡las dos!

Vanessa y yo habíamos visto una tumba y nos reímos bromeando con que así de peda estaría la morra que resbaló, hace unos veinte años, en la mera orillita de pleno cráter, a las ocho de la noche, pos qué andarían haciendo. Y, en plena carcajada, con la mirada borracha de sahuaros serpenteantes y ocotillos agrandados, de pronto veo el cráter de lado y el azul del cielo y la boca me sabe a metálico, terroso. La sangre caliente me brota aún de la mano derecha, pues un reflejo salvó mi rostro del impacto al apoyarme en ella. Desde el suelo leí otra vez el nombre de la muchacha y la fecha en color plateado: Valentina López Velasco, 12 de agosto de 1994, 18 años. Me levanté con ayuda de Vanessa, de frente al sol, encandilada. Yo también tenía dieciocho años en 1994. Dejé Sonora para irme a estudiar la carrera. Sólo ahora, dos décadas después, regreso. En Peñasco renté una cabaña por un par de meses, muy cerca del mar y,



justo así, imaginé la Patagonia: playa fría, gaviotas, barcos pesados, cargamento, un par de hombres en proa. El cielo gris, deliciosamente nublado, muy de vez en cuando el sol abierto, punzante. A la orilla del mar, roca de lava, coral, cráteres verdes y caracoles, algas, una que otra garza, una que otra cabaña, una que otra mujer enchamarrada, en tenis, viendo al cielo y al océano, un sol que no tarda en hundir. De Peñasco a El Pinacate son menos de treinta minutos en auto, adentrándose hacia el desierto. En menos de una hora, de seguir derecho, tocaríamos Arizona.

*La bruja explotó el desierto, dicen unos. El pie de li'toi abrió los cráteres, dicen otros. Lucharon una y otra vez, dejando corrientes de lava, como de sangre. El corazón de la bruja se hizo piedra, de ahí venimos todos, del soplo de vida, del corazón de sangre. Sabemos de dónde vino tu alma, a dónde va.*

El fin de Latinoamérica. La esquina del continente, dicen los de Peñasco. *Rocky point*: la playa de Arizona, dicen los del Otro Lado. Aquí da vuelta el Mar de Cortés, ¿lo ve?, me dijo un hombre tocando acordeón a la orilla de la playa, esa loma es como una axila, ¿a poco no? y allá, enfrente, es Baja California, ¿sí la ve? La veo, sí, cada atar-

decer. Con un olor a sal que urde mi cabello. Con chillidos de aves que no sé cómo nombrar. Con el frío a través de mis pies, abrigo improvisado, las mismas calcetas de todo el viaje.

Marcela también dejó ese año Ciudad Obregón, ella con diecinueve, nos graduamos juntas de preparatoria. Hace unos días nos reencontramos, con sorpresa, en el único supermercado de Peñasco. Ella estudió derecho en Hermosillo y se vino a trabajar acá, en bienes raíces. Yo estudié en Monterrey la mitad de una licenciatura llamada, pomposamente, Ciencias del Lenguaje. El perfil de egresada prometía ser profesora de idiomas y traducir textos sin importancia legal o literaria. Terminé trabajando, demasiado rápido, en hoteles y agencias de viajes, por saber inglés, sin título, con hambre de viajar, lo antes posible. ¿Qué caso tenía seguir estudiando? Me casé, también demasiado rápido.

No éramos cercanas, Marcela y yo, durante la prepa, pero ha resultado una reencarnación de mis amigas brasileñas, argentinas y uruguayas, con esa picardía y dedicación a la vida que nos regala el final de la treintena. Vanessa trabaja con Marcela, es de aquí, de Puerto Peñasco. Dato curioso: casi nadie responde «soy de aquí» en Puerto Peñasco. Su aguante etílico es magistral, y su forma de ver el puerto y Sonora tiene cierto ángulo



de extranjería y de arraigo a la vez. Apenas estaba yo vislumbrando de dónde podría venir esa conjunción cuando un día (¿o noche?) nos soltó que: yo no hablo mi idioma, no sé cómo, se lo oí a mi abuela, mis padres nunca, ya no me acuerdo.

Se refería al Pápago.

*Cuando secas, entendimos ser piedras, y que el agua no iba a regresar. Saltó la bruja que no tiene nombre, que los tiene todos. Saltó el hermano mayor, el soplo. Se escuchó una voz: «Aquí, aquí va a nacer el mundo». Y todas comenzamos a rodar despacio, rastreras, hacia el origen del vórtice del óvulo.*

Vanessa, con pesadez y nostalgia, como quien habla de un viejo amor, nos contó de las dunas y las tinajas, de li'toi el hermano mayor, de la bruja que explotó para abajo, de los pasos y el soplo de li'toi, del corazón de la bruja hecho piedra, del laberinto de la vida, de los Tohono O'odham. O sea, los Pápagos, los meros meros, dijo Vanessa entre una copa y otra, la gente del desierto, en el gabacho hay más, pa' allá se van los de acá.

—Y si la vida es un laberinto —increpé interesada—, ¿cómo salir? ¿con la muerte?

—A mitad de tu vida, llegas al centro —nos dibujó un círculo, con rayas torcidas, dirigidas al medio—, ahí es el punto de caída, pero de la Gran Caída, como ninguna otra en tu vida, y al levantarte, porque te levantas, ves de frente al sol, y te saluda. Ése es el comienzo. A partir de ahí sabes qué quieres hacer, contigo, con tu vida. Sabes por dónde ir.

—¿Y todo lo que llevabas? ¿Tus decisiones de antes?

—Caminos que no sigues, desaparecen.

—Tipo como en *Westworld*, ¿no? —dijo Marcela, sorbiendo por un popote de cartulina, reciclable, de los que suele traer en la bolsa.

—Nos copiaron, ésos, los de la tele —respondió Vanessa. Y ya no habló. Nosotras tampoco. El alcohol nos hizo pensar que el tiempo iba más rápido (¿o más lento?). Pensé en cuál de todas sería mi verdadera caída: ¿Mi divorcio? ¿Que no tuve hijos? ¿Dejar la carrera? ¿Renunciar a mi trabajo para viajar y, cito, no volver nunca más? ¿Quedarme sin dinero, sin casa? ¿Regresar?

Nos tardamos un buen rato en sacar la cuenta. Todo entre tres. Se oye fácil, pero ni con calculadora nos salía el reto numerológico. Qué babosas estamos, dijo más de una vez Marcela, atragantándose la risa con una bebida de colores fosforescentes, popote y frappé.



*Y sonamos como si fuéramos lluvia. Y rodamos como si fuéramos agua. Vimos cómo brotaron flores y sahuaros, ocotillos, choyas y biznagas. Allá, muy abajo, en el centro de este cráter, el más grande, ahí surgen las almas y caminan. Ahí es a donde regresan. En ese punto los espíritus se crean.*

La cruz blanca colgando del retrovisor se mueve de un lado a otro, gira, se acelera, se alenta. Marcela, al volante, no quita la cara de enojada, le tiemblan las manos. Yo no es que crea en estas cosas, dice, pero tampoco es que no las crea: esta pinche cosa me ha sacado de varias, reitera apuntando con la mirada la cruz blanca que parece tener vida propia. Ya ofendimos al alma, dice Vanessa muy seria, le toca a ella.

A mí lo que más miedo me da es que se me infecte la mano, que ya me arde, que además de sangre saca una pus amarilla y que siento llena de hormigas, pero no digo nada, no tiene caso, nuestro objetivo es el mismo: salir de las curvas, del mapa, de los cráteres de El Pinacate, antes del anochecer. Es que no hay señalamientos, dice Marcela, ¿así cómo chingados? Pasamos una zona de arbustos bajos y verdes. Muchos, sólo arbustos. En diez minutos los arbustos desaparecen y nos rodean cientos

de sahuaros ramificados, cada uno es como mi mano doblada, de donde surgen dedos espigados, verdes: sólo sahuaros. Quince minutos y el paisaje se vuelve de flores, es primavera, llovió hace unos días, se perfilan ocotillos, con sus flores pequeñísimas y anaranjadas, ya sin arbutos ni sahuaros. Huele diferente, dulzón. Escuchamos un zumbido de fondo, cada vez más alto. Pero el torbellino no aparece en los espejos, ni al horizonte ni a los lados. ¡Son abejas!, grito. Demasiadas. Entran por la ventana y Marcela pierde el equilibrio. Frena el coche justo antes de voltearnos. Salimos las tres, aturdiditas, mientras Vanessa chilla: ¡Soy alérgica!

—No vuelvo a salir con ustedes, inútiles, hi-jas-de-su-chin-ga-da-ma-dre —dice Marcela sacando de la cajuela botellas de agua y una toalla vieja.

Nos pasa las botellas, que nos empinamos esquivando a las abejas, saliendo una a una, gracias a que Marcela las torea con la toalla, de adentro hacia afuera. La vemos con remordimiento y admiración, desde una distancia prudente, mientras me pregunto si la sangre no llamará a los insectos, si no nos perseguirán por culpa de mi mano, abierta como una planta carnívora. Vanessa murmura algo que no alcanzo a escuchar. Con un palo de sahuaro seco, de esos descarapelados, con muchos



hoyos, mueve piedras a sus pies, sobre el camino, piedras parecidas entre sí. Me acerco y pongo atención. Escucho su voz, pero no distingo una sola palabra. Veo que son piedras con mezclas de colores: gris con azul, gris con rojo, gris con verde, gris con naranja. Con el palo Vanessa va creando un círculo medio chueco. En los puntos de arriba y abajo del círculo pone piedras distintas, más grandes. Marcela llega con la cara roja, acalorada.

—Ya súbanse, pinches morras. *All clear*.

El torbellino aparece y rodea el carro con su viento vertical de polvo negro (¿negro con azul?, ¿negro con naranja?). Siento como si se estuviera riendo. Luego se aleja, en línea recta, hacia la entrada, pero por ahí el coche no podría cruzar, sólo podemos seguir por los caminos curvados, circulares, que la vista y el mapa nos ofrecen, rodeando la línea recta y más corta que acaba de marcar el remolino, casi con burla, ahora pequeño, gris.

*No tendré nombre, no tendré lengua. No llamaré a este cráter: Pinacate. No tendré raza, ni color de piel. Observaré a las almas salir del óvulo y buscar sus cuerpos. Avizoraré cómo salen de este desierto, cómo buscan un parto, cómo se amoldan en sangre y hueso.*

Estoy en una Sonora que no conocía, donde hay que hablar inglés y pagar en dólares, donde las mujeres no responden a un solo hombre, mujeres que hablan como mis tías, hombres que hablan como mis primos. Donde no hay camiones ni taxis ni otra forma de andar más que en camioneta propia. Donde llegan los coyotes. Donde pasa el tren de La Bestia, despeñando migrantes. Donde tráilers con pacas. Donde minas y pesca de camarón. Donde el frío no me deja salir de casa, ni estar en casa. Donde me dicen *mushasha*. Donde las cosas se *agarran*. Donde la cabaña mira al astilladero, rodeada de barcos, y al tender la ropa veo el mar y el campo de los federales, soldados blancos y morenos que tocan a mi puerta y buscan dónde quedarse y ... ¿vive usted sola? No tengo forma de salir, rápida, nomás de ganas: no hay aviones, pocos autobuses, muchos retenes. Lo más fácil es llegar a Phoenix, escucho. Lo más fácil es llegar al Otro Lado: allá tienes todo. Después de cuatro meses por Brasil, Argentina y Uruguay resulta que sí vi cómo termina América Latina... entre europeos al sur y europeos al norte. Todo lo de en medio somos nosotros: los Amalgama.



TE HABLAMOS HOY,  
 de frente al sol,            li'toi,  
 li'toi,                            hermano mayor,  
 déjanos salir,                nos diste la tierra,  
 li'toi,                            nos diste las nubes  
 déjanos seguir,                nos diste el agua,  
 li'toi,                            las dunas,  
 seremos y eres,                desde la piedra fina  
 polvo tornasol,                fuimos y somos,  
 te pedimos perdón,            hermano y padre,  
 ofendimos al viento,        soplo del comienzo,  
 ofendimos al alma,            sabedor,  
 déjanos salir,                déjanos ir,  
 DÉJANOS SALIR,

*Las veré regresar, desperdigadas en sus descendientes, hechas nietos y bisnietos, me harán a un lado con el pie, se sentarán sobre mí. Hablarán en sus lenguas, nos nombrarán. Pero no recordarán su origen. No sabrán: les vimos nacer, les vimos salir, podemos hacerlas rodar y girar y quebrarse y volverse arena fina y montarse en el viento. Desaparecer.*

Otra vez Vanessa de copiloto, yo atrás. En mi cabeza un zzzzzzz que no puedo ignorar. No estamos *clear*, digo bajito, para no llamar la atención del visitante. Parece un adorno: prendida de la cabecera del asiento, succionando el color lila del tapiz. Una abeja monumental, casi avispa, casi reina. Me paralizó. Sin mover el rostro, con la pura vista, monitoreo si no hay otra, si entre mis pies, si cerca de mi mano, si el cosquilleo bajo mi nuca. Nada. Hay que volver a frenar, bajarse, volver a admirar como Marcela, toalla y vaso de plástico en mano, logra atraparla y la invita a volar rumbo a las flores de ocotillo. Siento paz y beneplácito al ver cómo se aleja, sus alas de tanto vibrar ya no se ven. El carro era su laberinto, pienso.

Vine a Puerto Peñasco para detenerme. Para ser una planta que se bate con el viento. Para dejarme batir. Pensé que iría a la Patagonia para pulverizarme. Pensé: no sé qué hago en Argentina, en Brasil, en México. Pero, en este fin del mundo, en esta orilla más orilla de Latinoamérica, no dije: ¿a qué vine aquí? Hay un descanso en lo no conocido y familiar. Un aire de nueva oportunidad.

*Sus piernas avanzarán pesadas, como si aumentara la gravedad. Sus lenguas se moverán arenosas, bajo el paladar. No podrán levantarse, ni andar, no podrán salir de nuestros caminos de cuerpo de víbora. Dirán: El Pinacate*



*está embrujado. Dirán: hay que pedirle al hermano mayor. Dirán: nos siguen las almas de los muertos.*

Sentir que sigo de viaje y que un día llegaré a mi casa. Pero no tengo casa. Todo lo dejas a la mitad: tu carrera, tu trabajo, tu matrimonio, la compra de tu casa, tu viaje: la voz de mi mente que es la voz de mi madre que es un idioma que no hablo. Quizá mi lenguaje es algo que he de descubrir, o inventar. Quizá el aceptar que ningún idioma es verdaderamente mío sea suficiente. O que todos lo son. Quizá quedarme en Puerto Peñasco sea otra forma de nombrar.

A lo lejos vemos la caseta de vigilancia. El sol deviene otro. Sólo espero que no hayan cerrado. Mi mano pulsa. No me atreví a enredar papel de baño otra vez. Lo primero que voy a hacer en la caseta es comprarme un *Gatorade*, dice Vanessa, o sea, bieeeeeen helado, remata sacando por la ventana sus manos como si fuera a tocar una de las nubes rosas. Todo se ha vuelto rojizo, atrás quedaron los cráteres, las pisadas gigantes, los caminos serpenteantes de arena viscosa. Cuando todo lo que falta es una línea recta en una explanada sin cactus ni arbustos, de nuevo la madeja de aire y tierra nos da alcance y juega a moverse de un lado a otro del automóvil, como queriendo que la conductora se ponga nerviosa, o

se canse, o le mente la madre. Pero Marcela no se deja impresionar, su vista firme a la salida, inamovible. Ya no hay arena, sólo tierra. Acelera y el remolino acelera también. Como si una muchacha guapa allá enfrente hubiera soltado un trapo para indicar: arranquen. Ahora no se ve tan negro, el contrincante. Es de un gris oscuro rojizo (¿gris con naranja?). Distingo troncos delgados, hojas y piedras, flotando entre las curvas del perseguidor.

Dice Vanessa que aquí comenzó la vida del planeta. Un cráter de meteorito que prendió fuego y todos venimos de su ceniza. ¿Es por eso que aquí las niñas de *Springbreak* corretean en sus motos y se levantan la blusa a cambio de collares de chaquira? ¿Es por eso que los güeros se emborrachan y olvidan quiénes son, en medio del desierto, hablando en otra lengua? ¿Que los hippies se pierden en la Choya, comiendo Peyote? ¿Que los mineros, los de bienes y raíces, los vendedores, los «bajo contrato», buscan el oro? ¿Es una tregua, un oasis, un escape a las balaceras? ¿Es cierto que aquí vivió Al Capone y ahora tanto narco a quien nadie molesta? ¿Quién, por qué motivo, decide vivir en esta axila del mundo?

*Nosotras, rocas sin mucho entretenimiento, reiremos fuerte de sus corazones huidizos, presos en fundas de vísceras y piel. Borraremos las líneas de sus mapas. Sere-*



*mos arena fina, tromba, aluvial de viento. Porque somos cada una de sus vidas, de sus formas de ser, piedras entre más antiguas más pequeñas, entre más arena más voz.*

Al llegar a la caseta lo hacemos con ventaja, atrás queda el remolino, calmo. Baja primero Vanessa, quien no deja de observarlo y se adentra en el aire acondicionado. Marcela mete el freno de mano, quita las llaves y mueve palanca y asiento. Me inclino y de espaldas salgo a un mundo cuya luz ahora es oblicua, donde el viento ha dejado de ser cálido para tornarse fresco, el azul del cielo es color morado. Mis pies tocan la tierra parda (¿o naranja?). Marcela abre los ojos con sorpresa, levanta la mano y sé que está a punto de decirme algo. Giro y lo encaro, justo frente a mí, se detiene un segundo y escucho su voz: un soplido que choca contra mi cuerpo, que me traspasa.

*Eres piedra.*

La fuerza me sacude. No puedo mover los brazos ni las piernas. Estoy parada en medio de un viento negro. Apenas puedo entreabrir los ojos. Hay bugambilias, flotando, ¿de dónde salieron?, estiro los brazos para tocarlas. Como burbujas de lava, flotan entre polvo y piedras pequeñas. Pasan dos perros. Se oye una banda norteaña.

Abro los ojos arrugados y sólo puedo ver la tierra, negra (¿negra con azul?), girando sobre mi cuerpo. El olor a rata muerta no me molesta. Atrapo una flor de bugambilia. El rugir del aire me roba las palabras con que construyo mis pensamientos. Como quisiera que de verdad se llevara mis pensamientos. Aplasto en el puño la flor que, más bien, es un manojito de hojas violeta. Abro la boca para aspirar aire por la garganta: me ahogo... pero sé que quiero estar aquí, lo más que se pueda, en ninguna otra parte. Quiero estar aquí, me digo, por mucho tiempo. Quiero estar aquí, en medio del polvo.

*Como nosotras.*

Siento como minúsculas piedrecillas se me encajan, dejando mi rostro, cuello, pechos y brazos enrojecidos. Calambres en mano derecha. Me arqueo del dolor. Vanessa me mira detrás de la puerta de vidrio polarizado. La cruz de Marcela da vueltas en el espejo del coche, pero nadie le presta atención. Yo misma no quiero, no busco, prestarle atención.

—Así le hace a veces —dice el velador de la entrada, siguiendo con la mirada al remolino que tras chocar contra mi cuerpo se hizo pequeño, rastrero, café clarito, para luego de nuevo erguirse poderoso, en el límite de



la entrada para los coches, teñirse de negro y alejarse de vuelta en dirección al centro de la reserva—, algo le hicieron, ¿verdad?, algo le dijeron...

Va de vuelta a su tumba, concluye Marcela. Vanessa ríe, levanta el dedo gordo en señal de «Me gusta». La otra toma su cruz del espejo y se la guarda bajo la blusa, dentro del *brassier*: no mamen, cabronas, ya vámonos. El viento arrancó el papel de baño enredado en mi mano derecha. Sacudo el polvo incrustado pero veo que ya no hay sangre, ni pus, ni marcas. Doblo para tocar el meñique con mi pulgar, no se forman grietas ni arrugas, como si muda de piel, o quemadura. Guardo la bugambilia en el bolsillo del pantalón y levanto mi mano izquierda. La observo de cerca, como si estuviera miope: casi invisibles, deshilachadas, en trocitos apenas perceptibles, se alcanzan a visualizar las líneas que, en la otra palma, ya no están.

*Escucharás nuestra risa en el acomodarse de la tierra, en el rascar de la erosión. Los cuerpos, rehechos, avanzarán reptarios. Girarás con nosotras. Montarás el viento. De vuelta a la célula ígnea. Sabrás quién eres. Sabrás que somos el soplo de li'toi.*

Así que aquí desaparezco. Mi Patagonia. Desaparecen los mapas, el sino, los caminos y lenguajes previos. Nos subimos al coche y la carretera es una sola e interminable vena abierta de América Latina, una línea punteada sobre la palma de un hombre gigante, un hermano mayor. ¿Una línea que desaparece? O quizá estamos sobre la palma de una bruja matrona, de risa macabra. Porque escucho una risa macabra sobre mis hombros, la de Vanessa. ¿Pero, qué sigue, cuando uno desaparece? ¿En qué parte del laberinto estoy? Tras beber la última gota de su *Gatorade*, bien helado, Vanessa arquea una ceja y sonrío por el retrovisor: El Pinacate es el único inicio de la vida, o sea, de todas las vidas, de las que fueron, de las que son, de la que te tocaba, de la que eliges vivir. Eso dice la gente del desierto, la de mi idioma que no hablo.

O sí.



## EL YO QUE NO EXISTE

*Viajamos, algunos para siempre, en busca  
de otros estados, otras vidas, otras almas.*

**Anaïs Nin**

(i)

Me asomo y veo a mi abuela recostada, con la tele a medio volumen, cortinas plegadas. Ojos cerrados, respiración tranquila, imperceptible. Sus manos sobre su regazo. Está muerta, pienso. Me hago a la idea, desde hace un par de años: cada vez que la veo, a sus noventa años, puede ser la última, y eso cambia mi forma de tratarla. Mi madre, en la otra recámara, con los brazos relajados, los pies abiertos, también duerme. Ella también, me digo, está muerta. De ella lo pienso menos, cuando me despido suelo tener la certeza —humana, ingenua— de que la veré de nuevo. De mí, a cada rato me despido. A cada rato me muero. El Yo que fui de niña, por ejemplo, aprendió a caminar en esta casa de abuela materna, de cariños y de siesta. Cada vez que vuelvo, las mismas marcas en el suelo, el mismo piso color rojo, hexagonal, la banqueta de sismo, desapareja, frente al porche de una



reja negra de medio metro que cualquier adulto puede saltar sin girar el cerrojo. Los helechos. Los pasadizos que me fueron enormes cuando aprendí a ver el mundo erguida, a creerlo mío al ponerle un pie tras el otro, una palabra tras otra. Una casa de amplitud oscura, de puertas cuyo volumen la humedad multiplicó. Camino sin avanzar, piso una baldosa, otra. El viento se cuele por las ventanas, los árboles mecen las ramas en un susurro largo. Afuera, nublado. Dentro, también. La respiración de mi abuela se la llevan los árboles. El ritmo cardíaco de mi madre es como las baldosas, interminable pero lineal. Mis pasos no se detienen, mis huesos cada vez más de aire, la cocina se aleja. Dentro de mí hay moléculas planeta, sistemas solares, explosión de nebulosa. Afuera, en la oscuridad donde aún no asoman las estrellas, alguien camina entre constelaciones, mientras sus orígenes titilan y avanzan en el tiempo. Aquí, la luna comienza a reflejar, hoy será eclipse. Lo negro de la muerte en casa de mi abuela, lo negro de la sombra del planeta, todo comienza a enrojecer. En mis pasos la sangre, los músculos y los tendones, el rojo de atrás de mis globos oculares, de mi placenta sin hijos, de menstruación. Soy la última mujer de la noche, la última estrella en esta casa planetaria... En mi avanzar me extingo, y vuelvo a titilar, y una sombra de gas rojo me ilumina desde dentro. Soy el gas del

aliento de mi abuela, el tejido del útero de mi madre, los pasos que no comprendo, y no cesan. Soy esa luna, por un instante roja, viva, por un instante luz. Esa luna que sale de la sombra, se extasía en su blanco, se cree nueva. Esa luna única: sin desprendimientos, sin coorbital. Soy luz blanca pura de luna. La tierra gira, y el sol, y yo avanzo y me pierdo de vista. Egoísta, como siempre, si no contemplo mi ser, aunque reflejo, comienzo a enloquecer, a disiparme, y mi abuela respira intermitente y mi madre ronronea por la nariz. Soy un poco de cada una de ellas. O no: busco un Yo que no sea una de ellas.

(ii)

En Culiacán está enterrado mi ácido desoxirribonucleico: la estructura de mi Yo genético. Cada nucléotido tiene nombre y apellido, una inscripción, una lápida. Cada álbum de familia es una secuencia de aminoácidos, procariotas. Aquí nació mi madre, mis dos abuelas. Aquí enterrados yacen los huesos de mis ocho bisabuelos, maternos y paternos, de mis cuatro abuelos, paternos y maternos, de todos mis tíos abuelos, de mis tíos hermanos de mi padre y hermanos de mi madre. Aquí yacen, desde ahora, los huesos de mis padres y mis primos, aquí yacen los huesos orígenes de mis huesos. Si yo viviera su



aquí, si caminara y caminara sobre la ciudad natal, si aquí fuera del trabajo a mi casa, y de mi casa al trabajo... ¿no sería un caminar sin tregua, en círculo, sobre mi propia tumba? Para mí, que caminé por el desierto de Sonora y el mar de Cortés (segunda infancia: primera conciencia), por Ciudad de México y Monterrey (tercera infancia: adultez adolescente), por los terreiros de Salvador de Bahía, la pampa y Buenos Aires, Uruguay y su playa infinita, (cuarta infancia: segunda conciencia), por Culiacán y Bacobampo, Altata y Topolobampo (infancia eterna: el río subterráneo), ¿no he caminado sin tregua por sobre mi tumba Tierra, creyendo saltos trasatlánticos un par de pasos nimios para el mundo, por cuya piel resbalo? Pedalear el esqueleto sin salir de las conciencias amalgama. Infancia necia: gritos en la madrugada no dejan de fluir por mi adultez en piezas. Silencio, dijo Tolle, silencio, dijo Buda, silencio dijo mǎe de santo en Salvador de Bahía. Silencio es el oráculo. Pero afloran, esos gritos de transcripción genómica. Usted podrá viajar todo lo que quiera, pero ya sabe: en Culiacán hay un pedazo de tierra, de seres en polvo, de lápidas cromátidas: usted tiene escrita la palabra diabetes, la palabra tiroides, la palabra longevo, la palabra leucemia, la palabra incendio, la palabra cáncer, la palabra psiquiatra por la UNAM, la palabra delitos contra la salud, la palabra maníaco-depresivo, la

palabra ya grande, la palabra plebes, la palabra descansó al fin, la palabra así es uno, la palabra ándale pues, la palabra no tengas miedo, aquí está tu familia, te estamos esperando, y esos gritos, en su garganta, desde su sangre. Usted no tema a sus mutaciones, a las marcas propias de su dentadura, a las fisuras en rótula y antebrazo, al acné, a los pies ensanchados, a un metabolismo de voluntad propia, a ser útero descargado, a no pintarse las uñas, a embarnecer. No tema crear un chiflidito muy suyo, diferente a los que le enseñaron, quizá el canto de un pájaro africano. No tema salvarse, la posibilidad. No tema inventar palabras: eso le gusta, ¿no? Tampoco niegue ni evada de donde proviene: usted sabe quién es (última infancia: el Yo acepta el es, antes de ser).

(iii)

El Yo inesperado, el Yo que golpea: o se deja golpear.  
El Yo que conozco y no.  
El Yo que no cabe en la palabra Yo.

(iv)

En el cuerpo de mi madre hay una marca. En mi cerebro, glándula débil, noble, invértebra, hay una fractura,



un moretón. En mi estómago el dolor, del grito ése, la patada. Sé que hay una palabra que evado pronunciar, que evado escribir más que un adverbio o un adjetivo. Una forma de silencio de dientes apretados. Cuando mi madre, hoy en la playa, insiste en volcar sobre sí un recipiente de varios galones de agua para bañarse, estallo en esa palabra que significa a punto de golpearla. Con músculos temblorosos, insiste. Enlargo los ojos y la voz y mis brazos se ponen duros, de luchador. Le quito el recipiente, que me llega a la rodilla, que pesa ocho galones, que apenas puedo sostener. Su columna descalcificada exige. Quiere hacerse daño. Me ve con rabia normal, de ésa que cabe en la palabra rabia. Pero mis ojos son de la otra, de la que no se puede nombrar. Y poco a poco mi madre cede y baja los brazos. El grito que evado, el grito que no quiero dar: el Yo potencial. El Yo que se parece a. Me meto al mar. Una sola forma de no gritar. La memoria endocrina, el estómago, el hipotálamo. Como ese mar, sin olas, esa ciudad de agua sin turbulencia. Me hundo y bajo el agua la arena sin mantarrayas, sin aguamalas, sin cangrejos ni jaibas. La arena silencio. Desenterrar. Están ahí, siempre, las almejas de la infancia. El estómago de arena. El agua y el viento con la rabia que cabe en la palabra rabia. Mi cuerpo con eso que no tiene nombre, braceando, robando el aire de la isla, exhalar. El dolor

que se vuelve estrategia de defensa: violentar a quien se permite violentar, porque me lastima ver cómo te lastimas, ver cómo permites que te lastimen. Lo vi tan claro entre las almejas. Yo puedo ser un golpe, una patada. Yo puedo ser muchos golpes, con toda saña. Puedo destruir, matar, esconder el crimen. Puedo golpear a mi madre hasta que alguien me grite basta y me tome de los brazos y los anude a mi espalda y súbito despierte de mí mismo y diga consternado, con las manos en la cabeza: no puede ser, mi amor... Puedo encenderle fuego a su casa. Puedo mentir, inventar fantasías de su crueldad hacia mí. Y ocultar la verdadera crueldad hacia mí. O puedo nadar y sentir cómo dentro de mi cuerpo hay oleadas de hormonas, de respiración, de músculos y palpitación. Puedo salir del agua asustada de ese Yo que al picar su vulva cierra su concha con fuerza y se entierra más, más abajo. Puedo escarbar, perseguirlo. Aguantar el aire, olvidar las palabras, desnombrar el tratar de nombrar, escarbar hasta conseguir la concha cerrada, golpearla en mi mente con un cuchillo, abrirla y ver cómo se retuerce bajo el limón. Cada almeja es un Yo diferente, un Yo cobarde, un Yo que no quiero encarnar. Ese Yo sólo nace frente a mi madre o frente a un amor intenso, de mucho tiempo, de ésos que no. Arrojo la almeja hacia la isla Altamira. Si pudiera arrojarlas todas y quemar esa isla. Salgo del agua



con el cuerpo jadeante, el estómago despenalabrado, mi pasado abierto, con toda su vulva, deseando desde lo más profundo de la arena que alguien me eche limón hasta cocerme, transformar mi materia, volverme asimilable. El Yo molusco dentro del Yo.

(v)

La memoria mitológica, dijo Freud.

La memoria endocrina, dijo Coleman.

La memoria genética.

El Yo bivalvo amnésico en su concha, se alimenta del escudo que lo amolda.

(vi)

Once formas de humedad umbilical.

El Yo protegido: expulsado al nacer.

Ríos, fertilidad: el Yo que no seré, al que se busca regresar.

(vii)

Camino por el Jardín Botánico como por África, como por hace muchos siglos, cuando la tierra no tenía nombre.

Por rutas de árboles de hojas amarillas, de amapas rosas, de vainas café oscuro, de ceibas de ramas pelonas. Llanuras de árboles de siluetas negras, como lejanas, pero que puedo tocar al estirar el brazo. Con aves que cantan azul, de plumas rojas. Cuando veo el atardecer desde estos árboles me siento lejos, de Culiacán, de México, de la familia. Soy mujer africana, me digo, de otra lengua. Nombro el sol que desciende, con otro acento, sustantivo andrógono: Sola. No tengo que decir «desciende». Sola en ese idioma que no existe significa: Solquedes-ciende. Amarillo dislocado. Naranja berrinchudo, rosa amoroso, rojo sentencia. Por entre las espigas largas, verdes y amarillas, por entre las ramas vacías de una ceiba, por ahí el naranja, por ahí el rojo, como un plexo de venas, como una várice. Son árboles piernas. Se abren. Son flores pellizco. Sola besa. Mi corazón palpita porque extraña por sus muslos rayos amarillos. Sola no te vayas, no te escondas. Sola quédate en el árbol, fertiliza. Sola rojo como castigo, como amenaza. Cuando me sangra la nariz dejo huellas redondas en papel blanco. Soy roja líquida, también desciendo. Cuando menstrúo es un rojo oscuro, añejo e inútil, que también descende. Sola. Imagino mis glándulas y mis órganos, azules o verdes, como peces bajo el agua que cambiaran de color, al salir. Átame los ojos, Sola, estácame. Sola eres tiempo. Sola



eres pasos, minutos que giran deshojando la sombra del planeta. Sola este cuerpo que la luna cuenta. Al andar por la escritura soy tierra sin nombre, Sola, piernas que se abren, silbido en mi lengua, líquido rojo que mana y circula por entre mis órbitas.

El Yo que no existe: sí es.

Itaparica, 2012 – Ciudad de México, 2018.

## Índice

La muerte también cura .....	11
<i>Mensagens de pé</i> .....	57
<i>Axé</i> .....	63
No galopeo .....	77
Andar es escribir .....	83
Mi Patagonia .....	93
El Yo que no existe .....	115



# MI PATAGONIA

Se terminó de imprimir en octubre del 2019  
en Punto y Color Impresos

**PUNTO  
COLOR**  
IMPRESOS

[sitensa@outlook.com](mailto:sitensa@outlook.com)

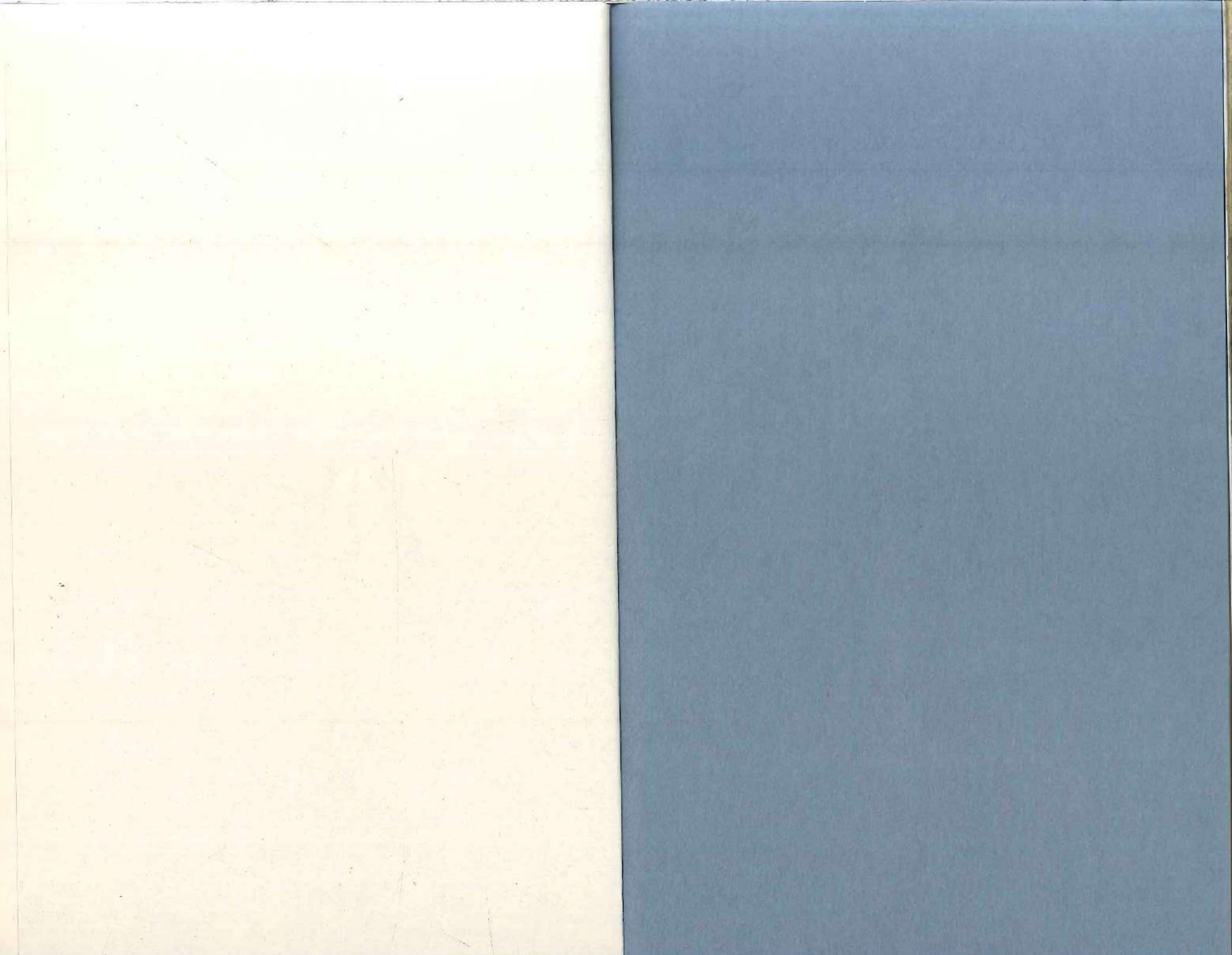
Lago Garda, No. 100 bis, Col. Anáhuac,  
C.P. 11320, Ciudad de México.

La edición consta de 1 000 ejemplares.

Cuidado de la edición:

Lilia Barajas y Mauricio Bares







*¿Quién mató a la Cantante de Jazz?*  
Tatiana Goransky

*Crimen de color oscuro*  
Ana María Maqueo

*Veintitrés y uno.*  
*Entrevistas a escritoras*  
Óscar Alarcón

*Evaporadas.*  
*Las chicas malas de la literatura*  
Eve Gil

*Que parezca un accidente*  
Elma Correa

*La Virgen Cabeza*  
Gabriela Cabezón Cámara

*Las celdas rosas*  
*Mujeres que matan*  
Sylvia Arvizu

*Basura*  
*Nenitas*  
Sylvia Aguilar Zéleny

*Malcriadas miniatura*  
Tania Plata

*En voz alta*  
Cristina Rascón Castro

*Lados B Mujeres*  
Antologías 2011-2017